



Vol. 5, No. 3, Spring 2008, 18-63

www.ncsu.edu/project/acontracorriente

El imaginario político de transformación en Chile

Bernardo Subercaseaux

Universidad de Chile

Instalación de un imaginario bipolar

La elección de 1920

“Hannibal Ad-Portas”, advierte un aviso en *El Mercurio* de Santiago en abril de 1920, apuntando lo que significaría para el país la elección del recién nominado a la presidencia de la República por la Convención de la Alianza Liberal, integrada por los partidos liberal, radical y demócrata. Los 1230 convencionales asistentes eligieron candidato por 810 votos en segunda vuelta al senador por Tarapacá, Arturo Alessandri Palma (1868-1950). La advertencia, que rememora el peligro de Hannibal cruzando los Alpes, va acompañada de una denuncia que ocupa un cuarto de página:

El político que se ha paseado por el país como el programa viviente de las envidias regionales, de los odios de clases y de las más avanzadas tendencias comunistas, encarna hoy también las aspiraciones de la Alianza Liberal. Toca a los hombres de bien de todos los credos políticos agruparse en torno a los vitales intereses del país gravemente amagados. Pueden contribuir aun a dominar la roja marea de la anarquía y el maximalismo añadiendo su esfuerzo a

la labor patriótica de la Unión Liberal que lucha por poner diques a sus avances destructores. ¡Hombres de Orden: se trata de los supremos intereses nacionales, de vuestra propia y personal seguridad! ¡Corred a defenderla!¹

Todo indica que el aviso—qu apareció sin firma responsable—fue obra de la Unión Liberal integrada por los partidos conservador, nacional y un sector liberal. Fue pensado y preparado, por ende, con antelación, con apoyo del periódico y del sector de la elite que percibía al nominado como una amenaza.²

Poco antes de que Alessandri fuera ungido Presidente, en un encuentro casual con su mentor político Fernando Lazcano, (Alessandri fue diputado por Cúrico y Vichuquen a los 30 años, en 1898, y reelegido en 1900, 1904 y 1908), el patriarca liberal le enostro que en los últimos años había desoído sus consejos, “usted ahora—le dijo—es un bolchevique y hará gobierno sovieta, del que yo abomino, y por eso le combatiré con las pocas energías” que me quedan³. Pero no sólo los sectores mas conservadores percibieron en Alessandri una propuesta de transformación de la sociedad: Luis Belsen, refiriéndose al discurso de proclamación del candidato, escribió en *El Socialista* (9 de mayo, 1920) de Antofagasta, lo siguiente:

el político liberal reconoce el movimiento maximalista que agita de un ámbito a otro el universo... (el candidato... ha sabido interpretar el sometimiento del proletariado, dándole esperanzas de conseguir lo que constituye su anhelo más vivo: la transformación del régimen rancio de hoy por otro más adecuado al sentir que palpita en el alma del proletariado universal.

Alessandri recibió en 1920 el apoyo formal de distintas agrupaciones de trabajadores, en Antofagasta e Iquique se llegó a formar un Comité Obrero Ejecutivo a favor de su opción. ¿Qué representaba y que representó, entonces, Alessandri para el parlamentarismo y el orden oligárquico? ¿Y para el mundo de los trabajadores? ¿Se proponía acaso

¹ *El Mercurio*, Santiago, abril, 1920.

² Durante la campaña la Unión Liberal arrendó espacio en el periódico, también la Alianza. Agustín Edwards Mc Clure, propietario, oriento, desde Londres, una política editorial receptiva a Alessandri, lo que motivo la renuncia de Joaquín Díaz Garcés, quién ocupaba entonces un importante cargo en el diario. El aviso apareció el 26 de abril, al día siguiente de la convención, junto con un llamado a inscribirse en la Unión Liberal.

³ Ricardo Donoso *Alessandri, agitador y demoleador. Cincuenta años de historia política de Chile*, México, 1952 y 1957.

transformar el orden existente en sus fundamentos, como pensaban Fernando Lazcano y Luis Belsen? ¿Buscaba derrocar el Estado burgués y construir en su lugar un Estado de obreros y campesinos? ¿Era el suyo—como sostenían quienes le atacaban—un discurso “maximalista”, que obedecía a una estrategia de revolución social? Y si no lo era, ¿por qué fue percibido como tal?

Del liberalismo al reformismo

En el ámbito del republicanismo laico y liberal Alessandri fue, desde joven, un político sensible—en la perspectiva de la elite—a los problemas que afectaban a los trabajadores. Su tesis para graduarse de abogado en la Universidad de Chile (1893) versó sobre las viviendas obreras. Siendo diputado por Curicó fue uno de los pocos parlamentarios que condenó la matanza de Santa María de Iquique. En 1913, siendo Ministro de Hacienda, hizo una propuesta tributaria con un claro sesgo de justicia social. Por otro lado, antes de 1915, se benefició del cohecho y de las lacras que caracterizaron al parlamentarismo en las primeras décadas. Cartas fechadas en 1908-1909, muestran que utilizó su cargo de diputado para negocios personales vinculados al salitre⁴; no fue del todo ajeno, entonces, a la concupiscencia que caracterizó a la política oligárquica durante el parlamentarismo.⁵

Si bien la historiografía discute si hubo o no transformación del ideario alessandrista en la elección de senador por Tarapacá en 1915, si hay acuerdo en que a pesar del ambiente de amenazas y violencia en que ésta se llevó a cabo, fue una elección distinta, en el sentido de que cada voto contó y que el triunfo de Alessandri fue un triunfo contra el cohecho y el caciquismo, representado en la zona por el senador liberal balmacedista Arturo del Río⁶. Por otra parte, si bien todavía en 1915 Alessandri no

⁴ Mario Valenzuela Lafourcade, *Cartas en sótano de embajada: Arturo Alessandri Palma 1908-1909*, Santiago, 2006.

⁵ “Las diputaciones y senaturías tenían un precio, y la política era una especie de *sport*, como las carreras de caballo o la vida social”. Carlos Keller, *Un país al garete*, Santiago, 1932.

⁶ Verónica Valdivia “Yo, el león de Tarapacá. Arturo Alessandri Palma, 1951-1932”, *Historia*, Universidad Católica, 32, Santiago, 1999. Julio Pinto y V. Valdivia, *¿Revolución proletaria o querida chusma? Socialismo y Alessandrista en pugna por la politización pampina (1911-1932)*, Santiago, 2001.

politizaba—como lo haría en 1920—la cuestión social, algunos periódicos como *La Provincia*, del partido radical, lo posicionaban ya como representante de las aspiraciones obreras, resaltando la condena que realizó en 1907 a la matanza de Santa María de Iquique⁷. Aun cuando respecto a su candidatura y a la elección misma hubo en la prensa de Tarapacá posturas discrepantes⁸, no cabe duda que sectores oligárquicos de la capital percibieron su triunfo como una amenaza a los modos tradicionales de hacer política. Tampoco cabe duda que para el propio Alessandri la experiencia de Tarapacá, y el contacto directo con una realidad obrera que vivía una “politización desde abajo”⁹, incidió en los rasgos que adquirió su discurso luego de esa experiencia. En 1918, siendo Ministro del Interior, advertía a miembros del partido conservador:

no crean sus señorías que pueden contener la evolución histórica por que atraviesa la República en estos instantes... ¡Vano intento! ... No habrá hombre que pueda hacerlo, ni partido que lo consiga, porque abriendo las páginas de la Historia, se encuentra que el propósito evolutivo y avance de las ideas, no respeta vallas ni se detiene jamás¹⁰

El triunfo de Alessandri en 1915 y su agenda de cambio representó, entonces, la apertura de un horizonte de confrontación al interior del parlamentarismo y de la propia elite.

⁷ *La provincia*, Iquique, 22-1-1915, “Alessandri hará repercutir en el seno de la alta cámara hasta el más humilde de los clamores que el dolor o la miseria arranquen al pueblo trabajador en esta apartada provincia”. El periódico, dirigido por Víctor Domingo Silva, lo presenta como el campeón de “la regeneración social y política”. *La provincia*, Iquique, 3-3-1915, editorializa sobre el carácter moderno de estas elecciones en que el voto es una herramienta para derribar un régimen oprobioso y recuperar la libertad y los derechos legales de los trabajadores.

⁸ En *La patria*, Iquique, 20-1-1915 y en *El despertar de los trabajadores*, Iquique, 1 y 2-1915, el Partido Obrero Socialista (formado por L. E. Recabarren) señala que ambos candidatos son iguales: “de la misma clase y condición. De la clase capitalista y explotadora del pueblo” Del candidato de la Alianza dice “18 años diputado por Curicó”, “nadie le conoce ninguna labor por el pueblo ni por el progreso”. Luego del triunfo de Alessandri *El despertar de los trabajadores*, Iquique, 9-3-1915, señaló “Una vez más se ha impuesto la fuerza del dinero ante el socialismo”. Habla de “feria electoral en vez de elecciones”.

⁹ “La acción obrera de la provincia de Tarapacá... se desarrolla bajo el alero de Luis Emilio Recabarren entre 1911 y 1915”, politización que responde “a impulsos provenientes del propio mundo popular”, fue “una expresión básicamente autónoma de politización” Julio Pinto y V. Valdivia, *¿Revolución proletaria o querida chusma? Socialismo y Alessandrismo en pugna por la politización pampina (1911-1932)*, op. cit.

¹⁰ Augusto Iglesias “30 años de política chilena”, *Zig-zag*, 1566, 29 de marzo, 1935,

En la campaña de 1920 y durante su primera presidencia, esta confrontación adquiere plena visibilidad. Las ideas y el discurso de Alessandri experimentan una transformación y él mismo será un actor comunicacional exitoso, que convoca a las masas y que ejerce una “politización desde arriba”. “El candidato—escribe Carlos Vicuña—despertaba un delirio amoroso, un misticismo decidido y creciente...una fe búdica. La oligarquía se asustó”.¹¹ Su discurso en defensa y dignificación del mundo del trabajo se conjuga con la “politización desde abajo”, que venía dándose, fundamentalmente vía Luis Emilio Recabarren y la prensa obrera, desde comienzos de Siglo. Son dos opciones contrapuestas, pero que en determinadas instancias, como veremos más adelante, se complementan.

Algunos estudiosos le han conferido a la transformación de Alessandri el carácter de oportunismo y demagogia¹², señalando que su discurso no siempre fue coherente con su acción; las ideas y su habilidad comunicativa están, empero, ampliamente documentadas, y son—durante su primer gobierno—consistentes en si mismas y con respecto a las circunstancias que vivía el país. Cabe recordar la organización y avance alcanzados por los sectores obreros durante las dos primeras décadas, sobre todo en el centro y norte del país, también las presiones sociales que ello generó. Desde antes de 1900, en Iquique y otras ciudades las organizaciones mutualistas de carácter asistencialista, van dando lugar a sociedades de resistencia, a sindicatos y mancomunales. Unas 200 huelgas entre 1902 y 1908—casi la mitad victoriosas—evidencian un fuerte crecimiento sindical. Los gobiernos parlamentarios se declaran al margen de los conflictos del trabajador, pero de hecho intervienen regularmente, y con brutalidad, contra ellos (Valparaíso, 1903; Santiago, 1905; Santa María, Iquique, 1907; Punta Arenas 1920).¹³ Las organizaciones de trabajadores no sólo se preocupan del tema salarial, también de la formación moral y educativa de los obreros. Paralelamente el país vive la crisis del

¹¹ Carlos Vicuña, *La tiranía en Chile*, Santiago, 1928.

¹² Ricardo Donoso, *Alessandri, agitador y demoleedor. Cincuenta años de historia política de Chile*, op. cit.

¹³ Hernán Loyola, *Neruda. La biografía literaria*, Santiago, 2006; Simon Collier y William E Sater, *Historia de Chile 1808-1994*, Madrid, 1998.

desgobierno y de la dominación oligárquica, asunto que desde el Centenario venía siendo tematizado en la prensa y el ensayo.

Hacia 1917, al amparo de la revolución rusa, debatiéndose entre el evolucionismo de la tradición asistencialista y la perspectiva de cambio de algunas mancomunales y sindicatos, “los sectores obreros viven un salto en número y combatividad (con más de 130 huelgas entre 1917 y 1920)”. En 1918 la Asamblea Obrera de Alimentación Nacional consigue realizar en Santiago y otras ciudades enormes manifestaciones de protesta. El gobierno responde con medidas represivas que culminan, en febrero de 1919, con el estado de sitio por dos meses en Santiago y Valparaíso. La movilización popular, sin embargo, no cede. Son años en que el movimiento obrero es ya un actor permanente en la escena chilena. Aunque silenciado por la prensa, en 1920, Luis Emilio Recabarren fue, junto con Barros Borgoño y Alessandri, uno de los candidatos a la presidencia. Son años de crisis de la industria del salitre y de las arcas fiscales. Con respecto a las ciudades más importantes del país: Santiago, Valparaíso, Concepción, Iquique, fenómenos como la urbanización, la migración campo-ciudad, la industria cultural (revistas, cine y, desde 1923, radio) permiten hablar de una incipiente cultura de masas. Es en este contexto que hay que situar la transformación del discurso de Alessandri, su contacto con la “politización desde abajo” en Tarapacá, su impacto masivo en la década del veinte y su tránsito desde un liberalismo oligárquico a un reformismo estatista de tinte socialdemócrata, con rasgos de paternalismo social¹⁴.

Conciliación entre capital y trabajo

Durante su primer mandato, entre 1920 y 1925, las matrices estructurantes de la presencia discursiva de Alessandri son básicamente cuatro: integración social en base a la armonía entre capital y trabajo; evolucionismo de connotaciones organicistas y biológicas; instauración de un nuevo orden y ampliación de la democracia.

¹⁴ El código del Trabajo que impulsó Alessandri siguió las recomendaciones de la Conferencia de la “Internacional Labor Office”, 1919, que a su vez fue influenciada por las ideas socialdemócratas “Seven articles on South America”, *Fortune*, Nueva York, 1937.

En sus cartas y discursos una y otra vez se refiere a la dualidad capital-trabajo. En Telegrama a la Asociación de Productores de Salitre, en enero de 1921, señala: “Espero que en la amistosa insinuación que me permito hacerles no vean otro propósito que el cordial sentimiento de armonía y mutua cooperación que deseo ver entre el capital y trabajo, mientras se dicta la legislación que resuelva estos asuntos”¹⁵.

Algunos días más tarde en “Carta a sus Ministros”, también en enero de 1921, les dice: “los problemas sociales van adquiriendo entre nosotros caracteres de excepcional gravedad, no admiten ya más... dilación... Es absolutamente necesario que se dicten reglas fijas para producir la armonía sincera y definitiva entre el capital y el trabajo, única base sólida y eficaz de la paz y del orden social”.

Cuando Alessandri habla de trabajo se refiere a los obreros, a la clase asalariada, a la que percibe—junto con la clase media—como activos del progreso, como actores sociales de la vida moderna, y no a los campesinos, a los que raramente menciona.

La propuesta de armonía entre capital y trabajo supone que, a pesar de una relación antitética, ambos se necesitan en función de la consolidación del país. Para Alessandri, patronos y obreros, tienen derechos y deberes que el Estado debe garantizar y arbitrar. Es el mundo del trabajo, sin embargo, el que debe recibir la mayor ayuda a través de una red de protección social. “Es deber del Gobierno –dice en 1920- proteger y amparar al proletario, que es el (más) débil, sin herir fundamentalmente los derechos del patrón, así lo exige la riqueza pública y la tranquilidad social”.¹⁶

Durante su presidencia se convierte en política de Estado la noción según la cual la mediación entre patronos y obreros y la regulación jurídica de las condiciones laborales, constituía la única vía para evitar la *revolución*. Una de sus mayores preocupaciones fue el Código del Trabajo que presentó al Parlamento en su primer año de gobierno y que sólo

¹⁵ *El presidente Alessandri y su gobierno. A través de sus discursos y actuación política*, Santiago, Chile, 1926. (Compilación sin autor).

¹⁶ Discurso de proclamación 25 de abril, 1920 *El Mercurio*, Santiago, 26-4-1920.

consiguió que se promulgara varios años más tarde¹⁷. En ocasiones, como Jefe de Estado, ejerció desde el propio Gobierno una acción mediadora, impulsando el diálogo y el arbitraje en la solución de conflictos laborales. El primer gobierno de Alessandri, también tuvo, sin embargo, responsabilidad en la represión: persiguió y obstaculizó algunas movilizaciones anarquistas y estudiantiles; discursivamente, empero, el presidente retomaba rápidamente su papel de protector y mediador, ratificando a la legalidad como único marco posible para canalizar las demandas sociales. La historiografía más reciente ha morigerado su juicio sobre su responsabilidad en las matanzas de San Gregorio (1921), y en La Coruña, (1925), no así en la del Seguro Obrero (1938), también su juicio sobre la relación con quien representó en la época una opción revolucionaria y antitética: Luis Emilio Recabarren¹⁸.

Alessandri planteó la necesidad perentoria de armonizar intereses, a los que reconocía como contrapuestos y de clase. Percibía a la sociedad como un organismo conformado por patrones y trabajadores, ricos y pobres, y con solo dos caminos posibles a seguir: la lucha o la conciliación, inclinándose su propuesta claramente por esta última vía. Evitar la *revolución* fue un objetivo estratégico de su pensamiento político. Utilizando sus dotes oratorias, adecuaba su discurso a las distintas audiencias, pero manteniendo siempre la misma idea matriz. Aun cuando en las convenciones liberales de 1907 y 1913, y en un proyecto de ley de 1910 del diputado Manuel Rivas Vicuña, se hizo presente el discurso de la armonía, los términos utilizados por Alessandri son poco frecuentes en el lenguaje de la elite liberal. “Capital”, “trabajo”, “clase asalariada” son voces que pertenecen de preferencia al léxico de la prensa obrera, de las mancomunales, del partido demócrata y socialista (o comunista, a partir de

¹⁷ “Mi primera preocupación fue la dictación del Código del Trabajo... presenté un proyecto en que se consultan todas las aspiraciones del proletariado... en el mensaje del año 21 pedí que se activara el despacho de este Código, insistí sobre este punto el año 22, clamé e imploré por su pronta aprobación en el mensaje de este año y hasta ahora no se ha despachado por el Congreso ni una sola ley social” (“Discurso ante el pueblo”, Noviembre, 1923). *El presidente Alessandri y su gobierno. A través de sus discursos y actuación política*, op. cit. 1926.

¹⁸ Julio Pinto y V. Valdivia *¿Revolución proletaria o querida chusma?*, Santiago, 2001, op. cit; Floreal Recabarren *La matanza de San Gregorio, 1921: Crisis y tragedia*, Santiago, 2003. Según este autor Recabarren fue mas bien parco en la condena del gobierno de Alessandri respecto a las dos matanzas.

1922). Un texto de Recabarren sobre trabajo y capital utiliza el mismo léxico y campo semántico que Alessandri, pero para plantear lo contrario: que la armonía entre ambos es imposible¹⁹. Un texto en prosa de Pablo Neruda, de 1921, permite asomarnos a las connotaciones semánticas que tenía entonces el término “capital”: “Sé de tu vida febril- dice Neruda al obrero- de la cama a la calle, de ahí al trabajo... Nosotros lo llamamos explotación, capital, abuso. Los diarios que tu lees en el tranvía... lo llaman orden, derecho, patria”.²⁰

Estudiando los mecanismos de conciliación y arbitraje en el movimiento popular en Chile, entre 1890 y 1924, Sergio Grez, concluye:

Aunque la aspiración a la *revolución* estuvo presente en el imaginario de vastos sectores populares durante el primer cuarto del siglo XX, sus asideros ideológicos eran más bien débiles. Bastaba un sustantivo cambio de política desde el Estado respecto de la ‘cuestión social’ o el surgimiento de un caudillo populista (como Alessandri Palma), para que los mismos segmentos de trabajadores transitaran desde posiciones *revolucionarias* a posturas proclives a la integración y la cooptación.²¹

En el mundo del trabajo de Tarapacá y Antofagasta, entre 1915 y 1925, en la competencia entre las dos alternativas, lideradas por Alessandri y el Partido Radical por una parte, y por Luis Emilio Recabarren, el Partido Obrero Socialista, la FOCH y la prensa obrera, por otra, se da una oposición discursiva, pero también un traspaso de votos e incluso un pacto que permitió que Recabarren fuese elegido diputado con el apoyo de la Alianza Liberal (que incluía entonces a los partidos radical y demócrata)²². Históricamente, por ende, tanto en Chile como en otros países, la confrontación entre ambos polos incluyó también momentos de fluidez. La *reforma* como utopía y proyecto siempre tuvo su sombra en la *revolución*, y la *revolución*, como proyecto y utopía, osciló con frecuencia hacia la

¹⁹ Recabarren *Escritos de prensa, 4 tomos 1898-1924*. Recopiladores Ximena Cruzat y Eduardo Devés, Santiago, 1985-1987.

²⁰ Hernán Loyola, *Neruda La biografía Literaria*, op.cit.

²¹ Sergio Grez “¿Autonomía o escudo protector? El movimiento obrero y popular y los mecanismos de conciliación y arbitraje (Chile, 1890-1924)”, *Historia*, vol. 35, Universidad Católica, Santiago, 2002. (Cursivas son nuestras).

²² Véase al respecto Julio Pinto y V. Valdivia, op. cit. Cabe señalar que Pinto y Valdivia realzan la competencia y oposición entre estas alternativas, pero también dan datos que avalan el movimiento pendular.

reforma. Oposición y lucha entre los dos polos, pero también movimiento pendular e imbricación.

Alessandri no pretende cambiar los fundamentos del sistema, pero sí corregir los defectos que ponen en riesgo al “organismo social”²³. Evolución para evitar la *revolución*, *reforma* como opción alternativa a la *revolución* y también viceversa. La fórmula subyacente que ambos caminos están interconectados, que tienen aspectos que los vinculan (por ejemplo el rol protagónico del Estado, y el desarrollo económico hacia adentro) y otros que los separan y oponen. No pretendemos hacer una apología de Alessandri mandatario, sino simplemente mostrar su rol en la instalación de un imaginario político bipolar y de transformación social, destacando su acción como comunicador.

Biologismo y organicismo

Alessandri jamás utilizó el concepto “socialismo” para identificar sus ideas, a pesar de que en las primeras décadas, en la tradición reformista, uno de sus usos europeos hacía equivalente “socialismo” a “toda aspiración que tiende al mejoramiento de la sociedad”²⁴. Percibía su programa como uno de “redención y renovación”, y a sí mismo como un “redentor social”, en la tradición del organicismo de Spencer y del sicólogo social Gustave Le Bon. En una carta de 1922, a propósito de la necesidad de reformar la Constitución y volver a un régimen presidencialista, le dice a su interlocutor: “una ley biológica irresistible impone fuerzas dinámicas poderosas a todos los organismos en el sentido de adaptar sus funciones a las necesidades orgánicas de su crecimiento y conservación”²⁵.

Esa ley de connotaciones biológicas y organicista, que le dio densidad intelectual a su sensibilidad social, es la que está en el trasfondo de su propuesta de *reforma*. Así se lo hizo ver a Gustave Le Bon cuando en 1924, en su alejamiento obligado de Chile, lo visitó en

²³ Véase al respecto y V. Valdivia op.cit. Resaltan la competencia y oposición también dan datos que avalan el movimiento pendular.

²⁴ La frase es de Joseph Proudhon (1809-1865). Considerado por algunos marxistas como el ideólogo de la pequeña burguesía, Proudhon, en un momento de la lucha contra Luis Napoleón, propició una alianza de sectores medios y proletarios. Mermeix *El socialismo*, París, 1907.

²⁵ Carta al Sr. Roberto Espinoza (30-11-1922) *El presidente Alessandri y su gobierno*, op. cit. Stgo., 1926.

París. El organismo social chileno requería, para sobrevivir y crecer, evolucionar; reformarse era una necesidad biológica. El uso de términos como “desbordes subversivos” para referirse a las posturas anarquistas, o “funcionamiento atrofiado” para referirse al parlamento, además de frecuentes alusiones con connotaciones darwinistas o eugenésicas (habla de “la virilidad y energía de nuestra raza, forjada en la lucha”) revela también esta filiación biologista²⁶. Cuando el organismo social está maduro deben hacerse las transformaciones necesarias pero conservando el “orden”. Se trata de una propuesta organicista de *reforma*, muy diferente al proceso de *emancipación* o *revolución*. Su concepción organicista, evolucionista y teleológica de la historia alimenta su crítica a la *revolución* y a posturas maximalistas que implicaban, según su punto de vista, la destrucción de la sociedad, a la que percibía como un organismo que debía cambiar pero sin trastornos. “Trastorno” en el sentido biológico de ruptura, de mutación, de salto abrupto o impedimento en el curso natural de un proceso evolutivo.²⁷

En diciembre de 1923, en una gira por la zona Sur del país, Alessandri pronunció un discurso con claras connotaciones biologistas: “entre las clases trabajadoras—dijo—hay unos pocos espíritus perturbados que desean la *revolución* social y yo os debo decir con toda franqueza que la desorganización social es un mal para la República porque la vida es un conjunto de células movidas a impulsos de leyes biológicas... La dislocación del orden social sin tener con qué reemplazarlo por otro significaría la disgregación de las células, la muerte del país. Por eso yo no acepto la *revolución* social. No por temor, puesto que mis ideas en esta materia son avanzadas”²⁸. De hecho, la concepción evolucionista de la historia que sustenta Alessandri, es, en su perspectiva teleológica y determinista, prima hermana del marxismo, hijos ambos del materialismo decimonónico.

²⁶ Véase discurso pronunciado 12-10-1923, en *El presidente Alessandri y su gobierno*, op. cit.

²⁷ En 1920, Alessandri decía: presiento “que el país” ha “llegado a un período histórico” en que sonó “la hora de una grande y trascendental evolución. El estudio de la historia me” ha “enseñado que toda evolución” (o *reforma*) “que se retarda, impone la *revolución* y el trastorno” Carta s/fecha”, probablemente de 1924, en *El presidente Alessandri y su gobierno*, op. cit.

²⁸ *El alma de Alessandri* (“Cuatro discursos clamorosos”), Santiago, 1925. (Cursiva es nuestra)

En el pensamiento de Alessandri se mezclan, entonces, el ideario positivista, biológico y social-darwinista del siglo XIX, con el imaginario moderno de transformación social. La idea de evolución implicaba cambios orgánicos y pacíficos en oposición a la violencia y a los trastornos, el camino laico de la fraternidad y no del odio. Es dentro de esta línea de pensamiento y en un escenario de integración que Alessandri buscaba reformar la Constitución y el sistema político del país, para construir así un *orden* distinto.

El nuevo orden

“Mi llegada a la Moneda significó”—decía Alessandri—“el fin de un régimen y el comienzo de otro”²⁹. ¿A qué apuntaba el Presidente cuando suponía el término de un antiguo orden? Pensaba fundamentalmente en un cambio de dirección de la sociedad con respecto a lo ocurrido en los últimos cien años, en un cambio sustantivo en la política chilena integrando nuevos actores sociales al gobierno y al Estado.

En una carta a un tal Profesor Troesi, de Rosario, Argentina, en enero de 1924, Alessandri le dice:

durante toda nuestra vida independiente este país fue guiado por una oligarquía, un gobierno de pocos en beneficio de los pocos que lo constituían. El proletariado” en cambio, vivió “durante cien años, alejado de las actividades de gobierno, sin participación alguna en su origen y sin que le alcanzaran tampoco los beneficios y las atenciones a que tenía derecho... La clase media... que es... donde se encuentra el núcleo de la fuerza espiritual y de la inteligencia, vivía también alejada de toda participación en el gobierno³⁰.

Alessandri concebía su labor de redención como la manifestación de una fuerza espiritual nueva que buscaba dignificar el mundo del trabajo. Sirviéndose de la libertad que otorga una carta privada, le decía a su interlocutor que tal como en otras épocas de la historia,³¹ “las fuerzas

²⁹ “Discurso, en *El Alma de Alessandri*, (“Cuatro Discursos Clamorosos”), Santiago, 1925. En varias oportunidades se refirió de esta manera a la significación histórica y trascendental de su gobierno, calificando al pasado de *ancien régime*, uso similar al que se hacía para referirse a la monarquía durante la Revolución Francesa.

³⁰ “Carta de respuesta a Profesor Troesi, de Rosario”, *El Presidente Alessandri y su gobierno*, op. cit.

³¹ “Carta al diputado conservador Jaime Larraín”, *El Presidente Alessandri y su gobierno*, op.cit.

tradicionales de este país estuvieron (siempre) en mi contra: el capitalismo con su poder e insolencias, los Bancos, las grandes y poderosas empresas industriales, los clubs sociales, los aristócratas de abolengo, el gobierno, y finalmente, el Congreso en su mayoría”.³²

Se trata de un discurso que reconoce la dinámica de la lucha de clases, que recurre a expresiones que en tono y contenido se asemejan al discurso *revolucionario*. Son devaneos antisistema que evidencian una comunidad discursiva en cuanto a campo léxico y semántico, y la intersección entre ambos polos. La estrategia de Alessandri es, sin embargo, sincerar las contradicciones (enfaticar el carácter explosivo de la situación), para neutralizar las respuestas extremas y posibilitar, en una perspectiva de *reforma*, los acuerdos.³³

Los intereses creados, los poderes fácticos, representan para Alessandri el espíritu reaccionario que ampara el privilegio: “son los enemigos de la *reforma*, y cuando son fuertes y poderosos, la contrarían y la hacen imposible, hasta que el estallido arrasa con todo y (se) la impone por la violencia”.³⁴ Para Alessandri, entonces, en última instancia, la causa de la revolución no estaría en “los de abajo” sino en “los de arriba”, por no haber abierto el camino de la armonía social

Su discurso buscaba ampliar el sistema político a los sectores no elitistas de la sociedad, propiciando un Estado Benefactor en una estrategia de compromisos y acuerdos. Un orden social nuevo pero a través de un cambio pacífico, sin trastornos ni violencia. En varias ocasiones se refirió a los Soviets en Rusia como uno de los peores despotismos de la historia. También criticó la estrategia rupturista de Recabarren y del Partido Obrero Socialista; instruyó a sus Intendentes que les “trataran con rigor” y puso desde el gobierno cortapisas a sectores que consideraba “maximalistas” y

³² “Carta de respuesta al Profesor Troesi, de Rosario”, op. cit.

³³ En su proclamación de 1920 terminó su discurso diciendo: “Señores, ha sido costumbre oír a los que han tenido la honra de alcanzar el honor que ahora vosotros me discernís, que no son una amenaza para nadie. Yo -en cambio- quiero ser una amenaza para los espíritus reaccionarios, para los que resisten toda *reforma* justa, porque esos son los propagandistas del desconcierto y del trastorno” “Discurso del candidato” *El Mercurio*, Santiago, 26-4-1920. .

³⁴ “Carta s/fecha”, probablemente de 1924. *El Presidente Alessandri y su gobierno*, op. cit.

“subversivos”, como a la Federación de Estudiantes de Chile³⁵. “Se hará el juicio que se quiera de mi Gobierno”, escribió Alessandri, luego que fue obligado a abandonar el poder, en septiembre de 1924, “pero nadie dejará de reconocer que siempre amparó los derechos y aspiraciones de la clase media y del proletariado, que forman la inmensa y fecunda mayoría del país”. Concebía su obra como una revolución espiritual a diferencia de la revolución material rusa³⁶. *Un orden nuevo, entonces, pero dentro de uno antiguo*. Esta paradoja, el tratamiento con guante blanco a los hacendados y el hecho de que vicios del régimen parlamentario como la rotativa ministerial hayan continuado durante su primer mandato, han dado pie para que algunos historiadores hayan percibido a Alessandri como una punta de lanza de la oligarquía, como un recurso cooptativo de los trabajadores para que la oligarquía como clase, pudiese seguir manteniendo sus privilegios y el poder. Fue—dice Gabriel Salazar—un caudillo populista que ante los embates de la sociedad civil instauró un Estado protector para estabilizar el capitalismo, pero no para transformarlo³⁷.

Desde un punto de vista histórico los elementos de continuidad entre uno y otro orden, no debieran, sin embargo, ser obstáculo para reconocer lo nuevo. Carlos Vicuña, abogado y diputado de izquierda, contemporáneo de Alessandri, luego de expresarse negativamente sobre la matanza de San Gregorio y las persecuciones a la Federación de Estudiantes, refiriéndose a su primer gobierno, escribió en 1928, lo siguiente:

A pesar de estas fallas, su gobierno pasará a la historia..., porque durante él se cristalizó la portentosa transformación social de Chile. La democratización fue real: los oligarcas dejaron de tener los privilegios irritantes que guardaban desde antiguo. Hombres modestos de todas las esferas fueron llevados a los más altos cargos administrativos y a las elevadas magistraturas judiciales, y hasta la carrera diplomática, antes feudo cerrado de los hombres

³⁵ Siendo Ministro del Interior Pedro Aguirre Cerda, propicio una Federación de estudiantes paralela.

³⁶ Arturo Alessandri Palma, “Carta a Guillermo Feliu Cruz”, *Atenea*, 299, Concepción, Mayo, 1950. Gmo. Feliu Cruz “La evolución económica y social de Chile”, *Anales Universidad de Chile*, Santiago, 1960.

³⁷ Gabriel Salazar, Julio Pinto *Historia contemporánea de Chile*, I, Santiago, 1999.

y pollos de la aristocracia, empezó a llenarse de hombres salidos de filas más modestas...³⁸

Alessandri, comunicacionalmente, contribuyó a instalar un nuevo imaginario político en el espacio público, a través de un discurso en el que siempre está presente la disyuntiva entre *reforma* y *revolución*; siempre, eso sí, con una inequívoca y reiterada opción por la primera. También incidió en el tránsito desde un Estado oligárquico a un Estado de tinte mesocrático y de bienestar. Resulta sintomático, que en enero de 1925, cuando le solicitaron que regresara desde Europa a concluir su mandato, recibió el siguiente telegrama:

Comité Nacional Obrero, formado por la Federación Obrera de Chile, Federación y Comité Ferroviarios, Unión Empleados de Chile, Partido Comunista, Unión Metalúrgica y 14 organizaciones autónomas han adherido plenamente a nuevo gobierno y ruegan querido Presidente Alessandri vuelva inmediatamente reasumir cargo, único medio mantener paz pública y salvar la patria. Momento de gravedad trascendental única en historia de Chile. Usted no puede abandonarnos. Firman Vicuña Fuentes—Hidalgo—Carlos Alberto Marínez—Moyano—Loyola

Los que solicitaban su regreso, los partidos liberal, radical, demócrata y comunista y las organizaciones de trabajadores, en definitiva, sectores modernizantes e innovadores de la elite, y representantes de la clase media, artesanos y del proletariado, todos ellos constituyen los actores sociales y el referente objetivo al que apelaba el nuevo orden. Son también los mismos actores que a lo largo del siglo XX darán vida a la disyuntiva *reforma* o *revolución*, y a un Estado Social, como motor del desarrollo.

Ampliación de la democracia

En su crítica al parlamentarismo y al dominio oligárquico, Alessandri siempre se situó en una perspectiva de defensa y ampliación de la democracia liberal, lo que se proponía lograr mediante cambios en el sistema político. Su práctica como candidato que ejerció la “politización desde arriba” formó parte de esa estrategia, una estrategia que buscaba romper la apatía popular respecto a la democracia.

³⁸ Carlos Vicuña, *La tiranía en Chile*, op. cit.

Mediante el uso de recursos oratorios (“populistas” según algunos) en la campaña de 1920 “y la administración que le siguió, Alessandri procuró seducir a un actor social hasta entonces poco permeado por los mensajes oficiales, llevándolo a sentirse” participe de una empresa “que abarcaba al conjunto de la nación. El éxito logrado en dicha tarea fue lo que en definitiva hizo de Alessandri—según Pinto y Valdivia—un factor clave en la apertura del sistema político chileno durante el siglo XX, estableciendo un lazo de comunicación... reconocido e institucionalizado entre el Estado y el mundo popular”.³⁹ Alessandri, a diferencia de Irigoyen en Argentina y de Leguía en Perú, quienes también se autopercibían como modernizadores, fue un fenómeno comunicacional, un político que formó estados de ánimo y de opinión, el primer presidente que en Chile utilizó la radio como medio masivo.

Las prácticas viciosas del parlamentarismo habían desnaturalizado—decía en 1924—la democracia, se hacía necesario entonces proclamar cambios institucionales que pudiesen sintonizar con los nuevos sectores presentes en el espacio político⁴⁰. Se requería una nueva Constitución y el cambio de un régimen parlamentario a uno de corte presidencialista. A su regreso de Europa, luego de un breve destierro, Alessandri expuso su pensamiento sobre como debía llevarse a cabo la elaboración de la Constitución. El 1ero de abril de 1925, en una reunión con personajes del mundo político, se manifestó por un Poder Constituyente de carácter democrático:

Para mí lo primordial es... que nuestras resoluciones se ajusten a la voluntad soberana del pueblo. Esta es la razón fundamental que aconseja la reunión de una Asamblea Constituyente... Ahora bien, mi pensamiento sería que esta Constituyente se formara de dos tercios de elección popular, y el tercio restante con representantes de las actividades de las fuerzas vivas de la nación: la Universidad, algunos gremios, las actividades obreras, la Iglesia, el Ejército y la Marina⁴¹.

³⁹ Julio Pinto y Verónica Valdivia, op. cit.

⁴⁰ “La Constitución que nos rige tiene ya cerca de cien años de vida y es estrecha para nuestro progreso y el momento histórico que atravesamos. Ella exige reformas que importen un cambio absoluto de nuestro régimen institucional” “Carta de respuesta a Profesor Troisi, de Rosario” en *El Presidente Alessandri y su Gobierno*, op. cit.

⁴¹ Reunión con personajes del mundo político, 1-4-1925, en *El Presidente Alessandri y su gobierno*, op. cit.

Coincidió entonces con sectores del movimiento popular e intelectual que entre el 7 y 10 de marzo de 1925 se había reunido en número de 1200 delegados (elegidos por sus bases) para discutir y proponer los principios constitucionales que debía contemplar la nueva Carta Magna. Movimiento social que con una perspectiva de corporativismo demandaba la conformación de una Asamblea Constituyente elegida, con cupos predeterminados (45% proletariado; 20% empleados; 20% profesores; 7 % estudiantes; 8 % intelectuales)⁴². Presionado por los militares y los partidos tradicionales, Alessandri, argumentando factores de tiempo y de lo que era posible dado estas presiones, no pudo—o no quiso, según otros—convocar la Asamblea de esta manera, y terminó nombrando una Comisión Consultiva integrada solamente por representantes de todos los partidos (11 liberales, 5 conservadores, 2 nacionales, 6 balmacedistas, 13 radicales, 7 democráticos, 5 comunistas y 4 independientes). Finalmente la Constitución fue redactada por un reducido grupo de juristas y sometida a plebiscito, siendo aprobada por una fracción de un universo electoral que no superaba el 7% de la población⁴³. Aun considerando esta mengua democrática en su génesis (que contrariaba los deseos expresados por el propio Alessandri, en abril de 1925), la nueva Constitución estableció un régimen presidencial con un Ejecutivo fuerte, la separación de la Iglesia y el Estado, un poder Legislativo con dos cámaras, y consagro un Estado Social de Derecho que fue perfeccionándose durante su evolución entre 1925 y 1973. Fue en el marco de esa Constitución y de las ideas de Alessandri que se fue gestando en la década del treinta un Estado que la historiografía ha calificado indistintamente como protector, desarrollista o de compromiso, y que nosotros preferimos calificar de Estado Social, un Estado a cuyo amparo (sobre todo a partir de 1938) se dignificó el mundo del trabajo, de la mujer, del liceo y de la escuela pública, régimen que si bien no consiguió acabar con la inequidad, fue paulatinamente democratizando la vida social y política del país.

⁴² Gabriel Salazar “Asamblea Constituyente de 1925: un olvidado ejercicio de soberanía popular”, *Revista Página Abierta*, Santiago, quincena del 30 septiembre al 13 de octubre, Stgo, 1991

⁴³ Juan Carlos Gómez “Todavía Chile se rige ‘manu militari’”, *Punto Final*, 18-5-2001 (Internet), de los 302.304 electores, votaron 134.421.

Si regresamos, entonces, a las preguntas que hacíamos al inicio, respecto a la recepción que tuvo el programa de Arturo Alessandri Palma en 1920, tenemos que decir que Fernando Lazcano y la elite tenían razón al percibir en su gobierno una amenaza para el orden tradicional y oligárquico, pero no la tenían al pensar que significaba la posibilidad de destrucción de las relaciones de poder imperantes. De la misma manera, los sectores obreros y sindicales que lo apoyaron estaban en lo cierto al considerar que su propuesta favorecería a los trabajadores, en cuanto a algunas medidas de protección social y al paso desde un Estado Oligárquico a uno de Bienestar o Social, pero no la tenían al pensar que a corto plazo abriría el camino a un cambio de sistema y al socialismo. El discurso de Alessandri fue básicamente un discurso de *reforma* y modernización capitalista. La sobrelectura de unos y otros deja entrever la proximidad entre *reforma* y *revolución* como horizontes utópicos que en alguna medida se intersectan e imbrican, pero que también se oponen y constituyen alternativas diferentes. “Lecturas” equivocadas desde trincheras opuestas como las de Lazcano y Belsen, se explican, precisamente, porque el imaginario político bipolar estaba, aunque recién instalado, ya operando.

Sintonía internacional

Alessandri en su discurso de proclamación de 1920 se refirió a la necesidad de estar en sintonía con lo que sucedía en el mundo⁴⁴: ¿Estaba acaso pensando en la revolución rusa, de 1917? ¿En la revolución mexicana de 1910 a 1917? ¿En el surgimiento de los partidos socialdemócratas y socialistas europeos? ¿O más bien en la segunda (1889) y tercera internacional (1919)? ¿En el movimiento estudiantil de Córdoba de 1918? ¿En los primeros gobiernos social demócratas que se constituyeron entre 1917 y 1919 en Suecia, Finlandia y Alemania? ¿O en

⁴⁴ “En los momentos actuales”—dijo—“la humanidad entera atraviesa por... una gran transformación social; asistimos... al nacimiento de un nuevo régimen, y es ciego y sordo quien no quiera verlo... surge una exigencia perentoria, reconocida por todos los pensadores y por los mas eminentes estadistas, en orden a resolver con criterio de estricta justicia y equidad los derechos que reclama el proletariado”. Discurso de A. Alessandri Palma, Convención de la Alianza Liberal, Santiago, 25-4-1920. *El Mercurio*, Santiago, 26-4-1920.

los principios que animaron el Tratado de Versailles en 1919? ¿O tal vez en toda esa gran oleada?

En la Europa de las primeras décadas, ante crecientes presiones sociales del proletariado, presiones que se arrastraban desde el siglo XIX y que se incrementaron en el primer decenio, se producen dos grandes movimientos: por una parte un proceso de equilibrio del poder en que los sectores dominantes hacen concesiones en términos de participación y protección social, llegando incluso, como ocurrió en la Inglaterra de 1906, a establecer un seguro de desempleo. Un papel importante en el avance del movimiento obrero europeo fue la creciente fuerza de los partidos socialdemócratas, y también de algunos partidos socialistas que hasta la primera guerra mundial estuvieron alineados en una estrategia de *reforma*. El segundo movimiento, también de carácter contestatario, estuvo alimentado por el socialismo seguidor de Marx (en parte también por el ideario anarquista), movimientos partidarios de no transar con los sectores dominantes, y cuya utopía era (en el caso del socialismo) establecer la propiedad colectiva de los medios de producción para consolidar al proletariado como eje y conductor de las transformaciones sociales, arribando finalmente a una sociedad sin clases.

La segunda internacional, creada en 1889 en París, entre otros, por Friedrich Engels, agrupó a los partidos socialistas, laboristas y socialdemócratas europeos. Convivían en ella tendencias *reformistas* con tendencias *revolucionarias*. A raíz sobre todo de la Primera Guerra Mundial, se produjeron en su seno profundas divisiones entre una corriente que apoyaba a sus respectivas naciones y a los partidos llamados entonces “burgueses”, y otra que se oponía a la guerra y a la colaboración con la elite, levantando las banderas del internacionalismo proletario. Esta última consideraba que las contradicciones de clase eran inconciliables y que era necesario derrocar al “Estado burgués” para construir, en su lugar, un Estado de los trabajadores. Luis Emilio Recabarren escribió en la prensa popular local favoreciendo las posturas de quienes desde el internacionalismo proletario se oponían a la Guerra⁴⁵. La fractura entre

⁴⁵ Recabarren. *Escritos de prensa*, Tomo 2, op. cit.

socialistas *reformistas* y *revolucionarios* se tradujo en la escisión y desintegración de la Segunda Internacional. Luego de 1917, una oleada revolucionaria recorrió el mundo: en España entre 1917 a 1919 se habla de un “bienio bolchevique”; movimientos estudiantiles en Pekín y Córdoba en 1918, y los primeros gobiernos socialdemócratas accediendo al poder en Suecia, Finlandia, Bélgica y Alemania.⁴⁶ En marzo de 1919, en Petrogrado, por iniciativa del Partido Comunista Ruso, se crea la Tercera Internacional, agrupación que se proponía luchar por la superación del capitalismo y por la realización del socialismo. Hacia 1920 más de un millón de afiliados a los partidos socialistas y socialdemócratas europeos se han alineado en la Tercera Internacional o Komintern.

Se trata de un contexto en que se da claramente una proximidad y un trasvasije, pero también una diferencia entre las propuestas *reformistas* y *revolucionarias*, entre una política que pretende la *reforma* social progresista del capitalismo en base a los intereses de los trabajadores, y otra que busca su reemplazo por el socialismo concebido como un régimen capaz de acabar con la apropiación capitalista del trabajo asalariado.

En la década del veinte, importantes pensadores como Rosa Luxemburgo y Antonio Gramsci se distancian de las posturas más ortodoxas de la lucha de clases y del ideario bolchevique, aproximándose en alguna medida al polo *reformista*, por lo menos en determinadas circunstancias. Para Rosa Luxemburgo, por ejemplo, la democracia no debía considerarse como un valor puramente instrumental, sólo estimable como un camino para crear mejores condiciones para el advenimiento de un proceso revolucionario.⁴⁷ Más que las condiciones históricas objetivas, para la comunista alemana lo fundamental en el proceso al socialismo era la intervención y participación consciente en la historia de mujeres y hombres⁴⁸.

⁴⁶ Eric Hobsbawn, *Historia del siglo XX*, Buenos Aires, 1998.

⁴⁷ Daniel Campione “La articulación entre socialismo y democracia”, *e-l@tina. Revista electrónica de estudios latinoamericanos*, Vol. 4, 16, Buenos Aires, 2006.

⁴⁸ Su lenguaje con respecto a las posiciones reformistas se alejaba de la descalificación: “Quien para transformar la sociedad se decide por el camino de la reforma legal en lugar y en oposición a la conquista del Poder, no emprende, realmente, un camino más descansado, más seguro, aunque más largo, que conduce al mismo fin, sino que, al propio tiempo, elige distinta meta: es decir,

Para Gramsci en una sociedad en que opera la hegemonía impresa por el sector dominante, toda la sociedad termina por hacer suyos la moral, las costumbres, los valores, las leyes y el respeto a las instituciones de ese sector, esta hegemonía se ejerce fundamentalmente por vía de la educación, los medios de comunicación y la cultura, generándose así un conformismo social. La pugna por esa hegemonía abre paso a una representación de las clases dominadas en el sistema político democrático burgués. Según Gramsci esa participación instala un espacio de confrontación social y de lucha política, en el cual las clases dominadas pueden conquistar ciertas “posiciones”. Las consecuencias prácticas de este tipo de reflexiones implicaba, en alguna medida, alejarse del camino único “bolchevique”, que planteaba el asalto al poder y la lucha frontal entre burguesía y proletariado, postura ésta que patrocinaba la Tercera Internacional. Incluso el propio Lenin al constatar el fracaso en Hungría del modelo bolchevique, admitió la posibilidad de examinar la situación de cada país. En síntesis la cuestión de *reforma* o *revolución* era también un asunto de táctica y de estrategia, tal como lo fue en muchos de los partidos socialistas y comunistas de América Latina.

En Chile el cambio de nombre en 1922 del Partido Obrero Socialista—fundado en 1912—a Partido Comunista de Chile, no fue un mero cambio de nombre. En Argentina el Partido Socialista fundado por Juan B. Justo (1896) se dividió en 1918 en Partido Socialista Internacional (posteriormente Partido Comunista) y luego en el más moderado Partido Socialista Independiente, que posteriormente entraría en alianzas con partidos de los sectores medio y medio alto. Cuando José Carlos Mariátegui llegó en 1920 a Italia, el partido socialista italiano estaba en plena discusión: ¿o plegarse a la Tercera Internacional en la estrategia de clase contra clase, o inclinarse por una alianza y la formación de un Frente Único? César Falcón, Raúl Haya de la Torre y César Vallejos fueron, a través de crónicas en diarios del Perú y de América Latina, mediadores de estas polémicas europeas. De regreso, instalado Mariátegui en Perú, se opuso en 1928 a transformar el APRA (Alianza Popular Revolucionaria

quiere, en lugar de la creación de un nuevo orden social” cambios por el momento no sustanciales en la sociedad ya existente. Rosa Luxemburgo, *Reforma social o Revolución*, México, 1989.

Americana) en partido único, inclinándose por un Frente en alianza con sectores progresistas de la burguesía. Mariátegui, tal como Gramsci en esos años, toma cierta distancia de las posiciones de la Tercera Internacional, que en ese momento realizaba un viraje desde posiciones frentistas a la dictadura de clase contra clase. En América Latina desde su creación en 1919 los argentinos Aníbal Ponce, Victorio Codovilla, y el chileno Luis Emilio Recabarren están con la Tercera Internacional, y critican al pensador peruano. Mariátegui, en cambio, tal como algunos partidos socialdemócratas europeos ante la Primera Guerra Mundial, está por unir la cuestión nacional (el problema del indio) con la perspectiva de clase. Ponce, Recabarren, y el peruano Eudocio Ravines, por el contrario, menoscaban el fenómeno nacional en pro de un internacionalismo que privilegie el factor clase⁴⁹. Sintonía internacional y contemporaneidad, que reafirman, entonces, lo que ya hemos señalado: la oscilación, intersección y disputa, en los discursos de *reforma* y *revolución*.

En Chile, entre 1915 y 1925, en la confluencia de una “politización desde abajo” con una “desde arriba”, con Recabarren y con Alessandri como actores fundamentales desde trincheras opuestas, se va instaurando, entonces, un imaginario político bipolar. La figura de Alessandri fue fundamental en la instalación de este imaginario, y en situar en el debate público expectativas de protección y transformación social al amparo del Estado, apelando a la participación de sectores medios y populares. En su primer gobierno abrió, entonces, una perspectiva que va a implicar, por lo menos hasta 1973, a nivel de los partidos y de la sociedad civil (que durante ese período fue básicamente articulada por los partidos) un giro de toda la sociedad hacia la izquierda.

Imaginarios políticos y componente cultural

Hablamos de imaginario político como un conjunto articulado de representaciones, con un núcleo ideológico y un campo léxico y semántico común, que involucra también una dimensión cultural e incluso emocional. El componente ideológico y racional apunta en sus polos de *reforma* y

⁴⁹ Samuel Arriaran Cuellar, *Multiculturalismo y globalización. La cuestión indígena*, México, 2001.

revolución a la idea de transformación de la sociedad. Dentro de este eje común apunta también a opciones distintas: por un lado *reforma* y por otro *revolución*. La primera procura transformar ciertos aspectos del orden social en beneficio de los sectores más desposeídos, sin destruir o cambiar sus fundamentos, ni las relaciones de poder existentes. *Revolución*, en cambio, apunta a transformaciones estructurales, a cambiar las relaciones de poder existentes, de modo que los sectores antes dominados, fundamentalmente el proletariado, asuman la conducción del proceso con el consiguiente cambio de las instituciones económicas, políticas y sociales. Ambos polos han sido alimentados por la apropiación de corrientes de pensamiento que vienen desde el siglo XIX europeo, y que abarcan desde el socialismo y el marxismo en todas sus variantes, hasta corrientes de pensamiento económico y social provenientes del positivismo, del socialdarwinismo y del socialcristianismo.

Hablamos de bipolaridad porque desde la década del treinta hasta la del setenta los datos históricos muestran una imbricación y cierta oscilación pendular. Los análisis tradicionales tienden a subrayar una polarización excluyente entre *reforma* y *revolución*, los antecedentes históricos revelan en cambio algo diferente: una suerte de imbricación bipolar. Bipolar porque se trata de episodios constantes y consecutivos que transitan—como en la bipolaridad siquiátrica—entre uno y otro polo. Entendemos lo político no sólo como un espacio en que prima la lógica instrumental o de poder, sino también como un ámbito en que los seres humanos se relacionan entre ellos y con el mundo, como un ámbito que alimenta un horizonte de expectativas y utopías en que se hace patente lo deseable frente a lo real y a lo posible. En esta perspectiva no es casual que desde Alessandri—primer presidente que politizó la “cuestión social”—se produzca una reorientación de los partidos, que comienzan a plantearse los problemas políticos desde un ángulo fundamentalmente económico y social⁵⁰. Los cambios de nombre, las divisiones, oscilaciones y ciclos pendulares que se advierten en los partidos de centro y de izquierda, desde 1930 hasta la década del 70, no son, entonces, meros cambios formales,

⁵⁰ Julio Pinto y Verónica Valdivia *¿Revolución proletaria o querida chusma?*, op. cit.

sino vaivenes que trasuntan intereses más profundos, intereses que en gran medida se desplazan por el imaginario que hemos perfilado.

El imaginario político porta—como decíamos—no sólo un núcleo ideológico y un ideario desde el cual se orientan discursos y prácticas, sino también una pulsión cultural y existencial que apela a lo intuitivo no racional, y que confiere identidad a los distintos grupos o partidos políticos. Hacia 1971, fotos del Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile, muestran a jóvenes del MIR (Movimiento de Izquierda Revolucionario) con boina y con una indumentaria estilo motociclista o mochilero; los jóvenes comunistas, en cambio, aparecen vestidos de manera sobria y con el pelo corto, los adultos con terno y corbata, como empleados fiscales. Los modos de vestirse y los “modos de ser” son ofertas identitarias que operan en los procesos de constitución de sujetos. Son modos de vestirse que funcionan como indicadores o como señas identitarias, que responden a elecciones personales pero que también son colectivas. El proceso de individuación y de construcción del sujeto no se da en términos de un sujeto abstracto preexistente, ni en un vacío existencial, sino a partir de un campo de determinaciones y posibilidades históricamente situadas, en que el sujeto emerge en el momento que hace una elección, elige racional o intuitivamente ciertos valores y en ese momento se hace cargo y se identifica con ellos. Se constituye así y es modificado en diálogo continuo con el “otro”, con las formaciones discursivas y con los mundos culturales exteriores. De este modo ocurre cuando el “yo” se asume como sujeto político, adherente a un partido. Ese es el espacio en que se constituye lo que en ciencias sociales se ha llamado el “sujeto sociológico”⁵¹.

En el período 1920-1973 el imaginario bipolar entre la *reforma* y la *revolución*, forma parte de estas “determinaciones y posibilidades”, su presencia creciente y el giro a la izquierda del imaginario político, va a la par con una mayor democratización y politización de la sociedad. Los partidos políticos van creando así fronteras simbólicas que les confieren identidad cultural y que distinguen a unos de otros. En todos los partidos se

⁵¹ Stuart Hall “The question of cultural identity”, en S. May, D.Held y T.McGrew, *Modernity and its failures*, Londres, 1992. También en Lucía Stecher *Salir del país natal para poder regresar*. Tesis para optar al Doctorado en Literatura, Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad de Chile, 2007.

produce por ende una confluencia entre ideas y pulsiones culturales, confluencia que incide en los estilos de vida, en la manera de entretenerse, en la vestimenta, en los colegios donde se envían a los hijos, conformando lo que las antropólogas Larissa Adler y Ana Melnick califican como una subcultura partidaria⁵². Ser radical, (o ser democratacristiano, o ser socialista, o ser comunista) es, por lo tanto, también una manera de ser⁵³. Las identidades culturales de los partidos son factores que operan más allá de las ideas o del polo en que esté o no situada la agrupación. De hecho, quienes dejan de pertenecer a un determinado partido o colectividad, o cuando una colectividad se divide, los que se alejan o discrepan del programa ideológico no por ello dejan de identificarse con la subcultura de la misma. De los radicales, tanto estudios antropológicos como el sentido común admiten ciertas señas identitarias: la confraternidad, la cultura de los favores mutuos, el comistraje, la amistad y el ser librepensadores; de los democratacristianos: la importancia de la familia, de la Iglesia, y el rol de la madre en la transmisión de los valores cristianos; de los comunistas la sobriedad y austeridad, y cierto conservadurismo en lo moral; de los socialistas, la raigambre nacional y americanista de sus ideas, además de una mayor apertura en los temas valóricos o de familia⁵⁴. Son componentes culturales que también confluyen en los imaginarios políticos, y que se vinculan a rasgos que marcan fronteras simbólicas entre las distintas agrupaciones. Por ejemplo, los partidos comunistas y socialistas en distintos momentos de su trayectoria han compartido programas y proyectos, pero en otros momentos de su historia no. Una de las diferencias más persistentes ha sido la presencia constante en el discurso socialista de una filiación nacional y latinoamericana. En el discurso del partido comunista, en cambio, se percibe una dependencia ideológica casi permanente del pensamiento y las posturas de la URSS (Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas), gravitación que ha sido documentada

⁵² Larissa Adler y Ana Melnick, *La cultura política chilena y los partidos de centro. Una explicación antropológica*, México, 1998.

⁵³ Larissa Adler Lomnitz y Ana Melnick, op. cit.

⁵⁴ Acerca de la subcultura del partido radical y democratacristiano véase Adler Lomnitz y Ana Melnick op. cit.

por Olga Ulianova y Alfredo Riquelme⁵⁵. El sentido común y la intuición popular tienen respecto a los partidos políticos varios “decires”: de los radicales se dice “radical, bombero y masón”; a los socialistas se los llama “*sociolistas*”; de los comunistas se dice que “cuando llueve en Moscú se abren los paraguas en Chile”, de los demócratacristianos “que en Cachagua los árboles y el coirón son para tapar los Mercedes Benz”⁵⁶ y del hoy disuelto MAPU, que fueron “los scouts del marxismo”. Son referencias intuitivas que apuntan a la agenda no visible (o a la dimensión cultural) de ciertas alineaciones ideológico-políticas del presente y del pasado. El componente cultural forma parte, entonces, de los imaginarios y resulta fundamental para un análisis más fino de las disonancias y desplazamientos que se producen en el espectro bipolar a partir de la década de 1920.

Vigencia de un imaginario político bipolar

Desde el Frente Popular a la Unidad Popular

A partir de fines de la década del veinte se advierte en el horizonte político otro pulso temporal, y el dominio de una escenificación del tiempo histórico nacional en perspectiva de una transformación de la sociedad. Aun cuando la bipolaridad persiste, se constata discursivamente un giro lento pero constante desde el polo de la *reforma* al polo de la *revolución*. También, en determinadas circunstancias una mayor proximidad o distancia entre ambos polos. Aludiendo a la vigencia del imaginario de transformación y a la proximidad entre sus vertientes, el dirigente demócrata cristiano y expresidente de la República, Patricio Aylwin, rememorando sus inicios políticos, y refiriéndose a la década del cincuenta dice “en esa época dudé mucho entre hacerme socialista o falangista porque, más allá de los valores cristianos que profeso y que heredé de mi

⁵⁵ *Chile en los archivos soviéticos 1922-1991*, Santiago, Lom, 2005. Uno de estos episodios fue el apoyo del PC chileno a la invasión rusa a Checoslovaquia, postura que este autor, siendo en esos años un “militante disciplinado” e ignorante, aplaudió.

⁵⁶ Balneario de la costa central de Chile en que tienen casas de veraneo varios dirigentes de la Democracia Cristiana.

familia, la verdad es que tenía cierto espíritu *revolucionario* que aspiraba a cambios profundos para construir una sociedad más justa, más libre, más solidaria”⁵⁷. El giro hacia la izquierda implica también una gama variada de pulsiones contrahegémicas que, en el contexto de la *Guerra Fría*, al mismo tiempo que son permeadas por el imaginario de la transformación, lo demonizan. Precisamente en el período que estamos recorriendo emerge un pensamiento conservador con un proyecto autoritario de raigambre católica, que discute las ideas y los valores democrático-liberales y el ideario de transformación social (a los que considera antesala del comunismo). Un proyecto que busca recomponer el antiguo régimen oligárquico en una perspectiva que integre a los nuevos sectores sociales, un proyecto que tiene en la década del treinta un tinte corporativo, y más tarde, una mezcla de nacionalismo hispano católico fuertemente crítico del partidismo en lo político y que en lo económico está por un capitalismo liberal de corte pragmático. Pensamiento que está marcado en sus estrategias argumentativas por su antagonismo al pensamiento democrático-socialista y a la escenificación del tiempo histórico nacional en clave de transformación, pulsiones contrahegémicas cuya genealogía e hitos entre 1930 y el presente han sido bien estudiados para el caso de Chile⁵⁸.

La vigencia de la escenificación del tiempo histórico nacional de *transformación* a partir de la década del treinta no significa que la escenificación nacional en clave de *integración* desaparezca, pero sí que deja de ser hegemónica. En efecto a partir de esa década y hasta 1973 los datos muestran claramente que la escenificación del tiempo histórico

⁵⁷ “Ex presidente culminó su vida política”, *El Mercurio* de Valparaíso, 28 julio, 2007.

⁵⁸ Véase el estudio y seguimiento de esta genealogía en Gonzalo Catalan “Notas sobre proyectos autoritarios corporativos en Chile” en J.J.Brunner y G.Catalan, *Cinco estudios sobre cultura y sociedad*, Santiago, 1985; Carlos Ruiz y Renato Cristi, *El pensamiento conservador en Chile: seis ensayos*, Santiago, 1992; Renato Cristi, *El pensamiento político de Jaime Guzmán. Autoridad y libertad*, Santiago, 2000; Sofía Correa, *Con las riendas del poder. La derecha chilena en el siglo XX*, Santiago, 2005; Isabel Jara, *De Franco a Pinochet. El proyecto cultural franquista en Chile, 1936-1980*, Santiago, 2007.

nacional ha variado⁵⁹, y que prima una dirección cultural compleja en la perspectiva de transformación de la sociedad. Un clima en que los devaneos antisistema dejan de ser tales para convertirse en propuestas partidistas (de los Partidos Radical, Socialista y Comunista en la década del 30) y en programas de gobierno más tarde (de la Democracia Cristiana en 1964 y de la Unidad Popular, en 1970), proyectos estos últimos que tienen sus raíces en el Frente Popular de 1938, alimentados todos por una nueva utopía, en que se fue imponiendo la idea de *transformación* de la sociedad mientras la idea de *integración* perdía relevancia.

Si en el período que hemos señalado se examina la trayectoria de liderazgos, grupos y escisiones de los distintos partidos y frentes de centro e izquierda, todos, sin excepción, han tenido vaivenes y ciclos en que se instalan en uno u otro polo. Cabe señalar, además, que todos los partidos de relevancia han sido, en algún punto de su trayectoria, de gobierno y de oposición. No se trata como decíamos de meros cambios de nombre. Los partidos políticos, para bien o para mal, además de instancias de poder, son, junto con la ciudadanía, actores fundamentales de la democracia: espacios deliberativos en que se conjugan sujetos, prácticas sociales y proyectos, que buscan darle una dirección a la realidad en el marco de distintas opciones. Mirados históricamente son también manifestaciones de fenómenos más profundos: de ideas, de tendencias y de identidades sociales. Los cambios que los afectan requieren, por ende, de una lectura más fina en que no debe estar ajeno el imaginario político que predomina en la época. Particularmente considerando que en el período 1930 a 1973 la sociedad civil fue en gran medida mediatizada por la estructura partidaria.

Varios acontecimientos políticos y culturales de la década del treinta apuntan al escenario de transformación y al cambio de rumbo que hemos señalado. Entre otros: las variaciones programáticas del Partido Radical, la acusación contra el Ministro Salas Romo en 1934 y el clima intelectual y cultural en boga. Desde comienzos de siglo convivían dos tendencias en el Partido Radical, una encabezada por Enrique Mc Iver, más tradicional, cercana al Partido Liberal y a una economía manchesteriana, y otra de

⁵⁹ Para una discusión teórica del concepto de escenificación del tiempo histórico nacional, véase primer capítulo de Bernardo Subercaseaux, *Historia de las ideas y la cultura en Chile*, Tomo IV, 2007.

avanzada, liderada por Valentín Letelier, “defensora de las clases menesterosas” y partidaria de “incorporar... doctrinas socialistas de intervención del Estado en la vida económica nacional”.⁶⁰ El partido radical que apoyó el primer gobierno de Alessandri estuvo dominado por la corriente de Mc Iver. La crisis del sistema capitalista en 1929 y sus repercusiones en Chile, y el fracaso de la dictadura de Ibáñez, incidieron en que en la Convención de 1931 se impusiera plenamente la corriente de avanzada incorporando el ideario socialista y algunas ideas del marxismo. El “actual régimen capitalista”—decía una declaración radical de esos años—“apoyado fundamentalmente en el individualismo y en la propiedad privada de los medios de producción, ha hecho crisis... debe ser reemplazado por un sistema en que los medios de producción sean patrimonio de la colectividad; y en que el principio individualista se reemplace por el de (la) solidaridad”. Como “medio de llegar a este cambio de régimen social el Partido Radical preconiza el proceso evolutivo debiendo comenzar en Chile con la expropiación a justo precio de los grandes medios de producción hasta obtener que todos éstos sean patrimonio de la colectividad”; a continuación señala que “siendo una realidad social la lucha de clases, el Partido Radical frente a esta lucha, está de parte de las clases asalariadas que pretenden la reivindicación de sus derechos sociales”. Finalmente, como una manera de marcar la impronta partidaria, la declaración señala que el Partido Radical “repudia como medio para el cambio de régimen... toda clase de dictaduras, sean estas militares, capitalistas o proletarias”⁶¹.

Pese a la instalación de su discurso en el polo antisistémico de la *revolución*, el Partido Radical, formó parte durante dos años del segundo gobierno de Alessandri (1932-36), gobierno cuya orientación con respecto al primero fue de un viraje hacia la derecha. Entre 1931 y 1933, un sector del Partido Radical se desgaja formando un Partido Radical Socialista, que no está dispuesto a una alianza con la derecha. También, en esos años, surgen varias organizaciones de tendencia socialista, algunas

⁶⁰ Darío Poblete y Alfredo Guillermo Bravo, *El Partido Radical y el Frente popular*, Santiago, 1936.

⁶¹ Darío Poblete y Alfredo Guillermo Bravo, *El Partido Radical y el Frente Popular*, op. cit.

“evolucionistas” y otras de raigambre anarquista y más bien “maximalistas”. La tensión entre ellas se formaliza el año 1933, cuando éstas se agrupan en distintos puntos del imaginario: en un partido socialista marxista, en un partido socialista unificado y en un referente presidido por Eugenio Matte Hurtado que se autodenomina Orden Socialista de Nueva Acción Pública.

En 1934, un sector significativo de los radicales se aleja del segundo gobierno de Alessandri, inclinándose a la izquierda. Ese mismo año marca el quiebre del Partido Radical con el gobierno de Alessandri, a fines de ese año sectores del radicalismo junto con los partidos de izquierda denuncian como “una entrega al imperialismo norteamericano” y como “una felonía contra la nación” el acuerdo Ross–Calder mediante el cual se suscribió un convenio extremadamente favorable a la Southern Power Company, pacto promovido por el Ministro de Hacienda de Alessandri, Gustavo Ross Santa María. Los mismos sectores criticaron duramente la represión a campesinos en Ranquil (1934). En 1935 la mesa directiva del Partido Radical presentó una acusación constitucional contra el Ministro del Interior, Luis Salas Romo, miembro de ese partido. La acusación, motivada en la represión de una huelga ferroviaria y en el cierre y censura aplicada al periódico radical *La Opinión*, marcó el quiebre definitivo con el gobierno de Alessandri, y llevó a que éste sindicara en alocución radial a los principales dirigentes del radicalismo como “hombres descarriados”, subversivos y “aliados del partido comunista”⁶². Acusa también al partido socialista de partidario de la dictadura de Ibáñez: se va generando así un clima propicio para la confluencia de los partidos de izquierda y de centro, y para la creación del Frente Popular.

Es en este contexto que se instala un discurso que percibe al primer gobierno de Alessandri como parte de una estrategia de cooptación, que buscaba anular la agitación popular para consolidar el dominio oligárquico. En 1936, sin embargo, algunos dirigentes del Partido Radical propiciaron una reincorporación al gobierno de Alessandri, después de que desde 1934

⁶² Radio Cooperativa Vitalicia, 18 de febrero, 1935, reproducido parcialmente en. *En defensa del régimen constitucional*, 1935, folleto sin pie de imprenta que reproduce también la acusación, defensa y debate.

se habían distanciado de él.⁶³ Al interior del Partido Radical se dio una discusión entre “centristas” y “frentistas”, ayudó al triunfo de estos últimos la persecución que desencadenó el gobierno contra los “radicales descarriados”. Las alternativas son dos, escribía en 1936 uno de ellos: “o un régimen fascista de derecha,... o un régimen popular, lealmente democrático con cierta tendencia socializante en lo económico”⁶⁴. En febrero de 1936, en medio de una huelga de ferrocarriles y de un aumento de la agitación social y política, el Ejecutivo dispuso la clausura del parlamento. Fue en este “ambiente afiebrado... de amagos de tiranía y de fé irreductible en la libertad, que se levantó por primera vez la bandera del Frente Popular”⁶⁵. Fue la Asamblea Radical de Santiago la que votó favorablemente la constitución de un Frente Popular. A partir de ese voto, en octubre de 1936, la Asamblea de Santiago solicitó a la Junta Central que convocara al bloque de izquierda, a los Partidos Comunista y Socialista” y también a “las organizaciones obreras, empleados, campesinos, artesanos, estudiantes, profesionales, intelectuales, a las asociaciones culturales y deportivas, y a todos los hombres leales y honestos del país, sin distinción de ideologías, creencias o religiones”, para conformar “un vasto movimiento de todo el pueblo en su invariable decisión de luchar por la liberación nacional, por las libertades democráticas y por el mejoramiento y seguridad de las masas trabajadoras”⁶⁶.

En 1937, en un contexto internacional antifascista, se produce una unidad en el polo *reformista* entre Radicales, Comunistas y Socialistas, más la Confederación de Trabajadores de Chile. Se consolida así el Frente Popular, que alcanza el poder con Pedro Aguirre Cerda en 1938, político radical que había sido Ministro del Interior en el primer gobierno de Arturo Alessandri Palma. El clima intelectual y cultural en la década del treinta, particularmente en los últimos cinco años, fue extraordinariamente sensible y de solidaridad con la lucha antifascista europea, sobre todo con la república española. Basta examinar los catálogos editoriales de la época. En 1934, la editorial y librería Walton, la misma empresa que publicó ese

⁶³ Darío Poblete y Alfredo Guillermo Bravo, op.cit.

⁶⁴ Darío Poblete y Alfredo Guillermo Bravo, op.cit.

⁶⁵ Darío Poblete y Alfredo Guillermo Bravo, op.cit.

⁶⁶ Darío Poblete y Alfredo Guillermo Bravo, op. cit.

año *La próxima* de Vicente Huidobro, ofrecía en su catálogo una serie de *Cuadernos de Educación Proletaria*, además de obras que examinaban con mirada favorable el avance del socialismo en el mundo y los casos de Rusia y China. Otro ejemplo es la extraordinaria velocidad con que se traducían y editaban en Chile obras favorables a la lucha de los republicanos españoles. En 1937, la empresa Letras, de propiedad de Amanda Labarca y de su marido, el político radical Guillermo Labarca, publicó en su colección “Studium”, con traducción del propio Labarca, *Detrás de las barricadas españolas*, crónica del periodista inglés John Langdon-Davies, editada apenas un año antes en Europa. Son indicios claros de la presencia en la década del treinta de una importante comunidad de lectores interesados en las transformaciones anticapitalistas que estaban ocurriendo en el mundo.

Al interior del Frente Popular, en sus tres gobiernos que se prolongan hasta 1952, se van a producir tensiones y distanciamientos entre los propios partidos y sectores que lo integran. Por ejemplo, en el gobierno de Pedro Aguirre Cerda (1938-41) el ala izquierda del Partido Radical se opone a lo que califica de giro a la derecha del gobierno. En 1939 un documento “confidencial” de un sector del Partido Socialista planteaba la posibilidad de penetración del poder armado del Estado para constituir un gobierno exclusivamente socialista y acelerar los cambios.⁶⁷ A comienzos de 1941 el Partido Socialista y el movimiento obrero se retiran formalmente del Frente Popular. También, en 1943, durante el gobierno de Juan Antonio Ríos, los socialistas se distancian catalogando al gobierno de “demasiado derechista”. Al interior de ese partido se da una pugna entre “colaboracionistas” y “depurados”; en 1944 se produce una ruptura y Marmaduke Grove funda el Partido Socialista Auténtico.

En 1946 en la Décimosexta Convención Ordinaria del Partido Radical se imponen sectores izquierdistas y emiten una declaración: “solo en una democracia económica”—dicen—“fundamentada en un régimen socialista, en que los medios de producción dejen de ser propiedad individual y sean reintegrados a la comunidad, puede asegurarse el pleno desarrollo de la personalidad humana”. El voto político aprobado decía que

⁶⁷ *El Diario Ilustrado*, Santiago, 2 de julio, 1939, periódico conservador, citando este “documento confidencial” denuncia “Un golpe de Estado, planeado desde el Gobierno hacia el Pueblo” por el Partido Socialista.

el régimen democrático no se realizaría plenamente “mientras no se (establecieran) conjuntamente con los derechos políticos (los derechos económicos y sociales)”. Gabriel González Videla, que lideraba el ala izquierda del Partido Radical, resultó elegido en 1946 gracias al apoyo del Partido Comunista y de la izquierda, luego del fallecimiento prematuro del Presidente Juan Antonio Ríos. En efecto, en 1946 el candidato radical fue instalado como el “más genuino representante del pueblo” y en su proclamación hicieron uso de la palabra el poeta cubano Nicolás Guillen y el dirigente César Godoy Urrutia, apoyando un programa de corte estatista y con importantes medidas de apoyo a los trabajadores⁶⁸. Posteriormente, en 1948, el gobierno de González Videla excluyó al Partido, Comunista iniciando contra él una persecución mediante la Ley de Defensa de la Democracia (legislación que la Revista *Topaze* calificó como Ley de Defensa de la Aristocracia⁶⁹). La tensión constante al interior del Partido Radical entre *centrismo* y *frentismo* fue también la confrontación entre *reforma* y *revolución*. Los vaivenes y cambios se hicieron sentir en la opinión pública, la revista *Topaze* bautizó al Partido Radical como un “partido presupuestal”, una caricatura de la época muestra a unas damas gruesas y elegantes y a unos caballeros mofletudos de frac y habanos, subiendo por un camino que se dirige hacia el Palacio Gubernamental. Bajo el título de “Marcha por la Burocracia”, las señoras avanzan con un cartel que reproduce el lema del Gobierno de Pedro Aguirre Cerda, pero en vez de “Pan, Techo y Abrigo”, dice “Pan, Techo y Abrigo (de pieles)”. Si se observa la trayectoria del radicalismo durante el siglo veinte, resulta ajustada la descripción que de él hace Tomás Moulian: “organización policlasista, de carácter reformador y de pronunciada tendencia estatista”⁷⁰, descripción que es coherente con su carácter intermedio en el espectro político y con su constante vaivén entre los dos polos del imaginario que hemos descrito. Un tránsito, que tal como en el caso del primer gobierno de Arturo Alessandri, estuvo también vinculado a factores internacionales.

⁶⁸ Jorge Guzmán Hernández, *Gabriel González Videla. Biografía. Análisis crítico de su programa*, Santiago, 1946.

⁶⁹ *Topaze* fue una excelente revista política que a pesar de las ideas más bien derechistas de su fundador Jorge (Coke) Delano, ejerció entre 1931 y 1970 una crítica inteligente y llena de humor sobre la política del país.

⁷⁰ Tomás Moulian, *Fracturas*, Santiago, 2006.

En efecto, en la década del treinta, la propia constitución del Frente Popular estuvo avalada por una ola europea de Frentes Populares antifascistas, fundamentalmente en Francia y España. Después de Pedro Aguirre Cerda, en 1942, el Frente Popular se amplía para elegir a Juan Antonio Ríos, sumando a falangistas, a democráticos y a un sector liberal disidente. En 1946, tal como ya señalamos, nuevamente el Frente Popular (en esta oportunidad Radicales, Socialistas y Comunistas), conquista por tercera vez el gobierno, con otro radical a la cabeza. Finalizada, sin embargo, la Segunda Guerra Mundial, el gobierno de Estados Unidos se embarca en la Guerra Fría y se pliega, en su visión de América Latina, a un manejo maniqueísta del imaginario bipolar. De allí que en las próximas décadas el objetivo fundamental de la política norteamericana será apoyar al polo *reformista* para evitar la *revolución*. Se trata de una política que incide en el gobierno de Gabriel González Videla, gobierno que, recordemos, puso fuera de la Ley al Partido Comunista. Con anterioridad en el Partido Conservador se había producido un desgaje y el surgimiento de la Falange Nacional, la que instalada en la doctrina social de la Iglesia, y más tarde en pensadores como Maritain, dará origen al Partido Demócrata Cristiano (1957), agrupación ésta que en el contexto de la guerra fría será punta de lanza del polo reformista. No es casual, entonces, que en la elección de 1958 se produzca un aglutinamiento en cada uno de los polos: por una parte el FRAP (Frente de Acción Popular) integrado por socialistas y comunistas que lleva de candidato a Salvador Allende, y por otra el radicalismo que lleva de candidato a Luis Bossay, la Democracia Cristiana que lleva a Eduardo Frei y la derecha que apoya con el carácter de apolítico y técnico a Jorge Alessandri, postulante que en definitiva ganó la elección, con un programa que incluso le hacía un guiño a la reforma agraria y al imaginario de transformación de la sociedad.

Más adelante, luego de la Revolución Cubana (1959), movimiento que en un principio fue saludado por el Gobierno norteamericano como parte de la opción *reformista*, se fue gestando en América Latina una sensibilidad para la cual había llegado, se pensaba, la hora de la liberación definitiva del continente, produciéndose en la década del sesenta, en todos los partidos de centro y de izquierda, un giro y una oscilación desde el polo

reformista al *revolucionario*. En este clima de utopía y cambio social, el campo léxico semántico tendió a mostrar sus imbricaciones, la palabra *revolución* fue fundamental, aunque el apellido en los gobiernos de Frei padre y de Allende fuese distinto: “revolución en libertad” en un caso y “revolución socialista, a la chilena”, en el otro. El programa del gobierno demócrata cristiano se autopostula no como *reforma* sino como *revolución en libertad*, impulsando una fuerte participación de sectores populares. Los historiadores Simon Collier y William F. Sater, al resumir este período dejan ver (en el lenguaje que utilizan) la imbricación de ambos polos: “Entre 1964 y 1973,”—dicen—“dos gobiernos *reformadores*, con distintas formas de retórica *revolucionaria*, trataron de producir profundas reformas estructurales en un esfuerzo por remediar los graves problemas sociales y el lento crecimiento económico de Chile”⁷¹. Sofía Correa y otros, *Historia del siglo XX chileno*, refiriéndose a la época de Frei Montalva titulan una sección con la pregunta *¿Reforma o Revolución?*⁷² En 1967 el Partido Socialista en el contexto de la Conferencia de la OLAS (Organización Latinoamericana de Solidaridad con los Pueblos de Africa, Asia y América Latina) descarta las “ilusiones electoralistas” y se pronuncia por un camino no de alianzas sino de clase contra clase⁷³, postura que se revierte completamente con el proyecto de la Unidad Popular. Los cambios y la imbricación, se hacen patentes también en el hecho que en 1970 el programa del candidato demócrata cristiano, Radomiro Tomic, no fue, en lo sustantivo, muy diferente del programa de Allende y de la Unidad Popular, los dos tenían una perspectiva de transformación del sistema, la diferencia residía en que se insertaban en ámbitos distintos de la Guerra Fría, uno en el orbe norteamericano y el otro más bien en el soviético.

Como señalan Sofía Correa *et alia*, en 1970, con el triunfo de Salvador Allende el Partido Demócrata Cristiano experimentó fuertes tensiones internas, debatiéndose entre quienes, como los militantes juveniles, salieron a las calles a celebrar el triunfo de la izquierda, y

⁷¹ Simon Collier y William F. Sater, *Historia de Chile 1808-1994*, op. cit.

⁷² Sofía Correa, Consuelo Figueroa, Alfredo Jocelyn-Holt, Claudio Rolle, Manuel Vicuña, *Historia del siglo XX chileno*, Santiago, 2001.

⁷³ Congreso de Chillán 24 a 26 de noviembre, 1967, en Julio César Jobet, *El Partido Socialista de Chile*, Santiago, 1971.

aquellos para los cuales ese triunfo produjo gran alarma⁷⁴. Son años en que la tensión bipolar está latente; de hecho, del Partido Demócrata Cristiano se desgajan en 1969 adoptando posturas revolucionarias: el Mapu (Movimiento de Acción Popular Unitaria), y más tarde, en 1972, la Izquierda Cristiana. También al interior de la Unidad Popular, sectores del socialismo, cercanos al MIR, perciben al partido comunista como *reformista*. Fue la polémica entre la vía institucional y el “avanzar sin transar”. El gran interés internacional que concitó el Gobierno de la Unidad Popular se debió a un proyecto de transformación socialista inédito, en la medida que pretendía conciliar esa propuesta con la mantención y vigencia del Estado de Derecho y de la democracia, vale decir, articulando el imaginario de la *revolución* con el imaginario de la *reforma*. Puede incluso aventurarse la hipótesis que durante el gobierno de la Unidad Popular la coexistencia y tensión entre ambos polos, al interior y afuera del conglomerado, alimentada por los recursos de la *Guerra Fría*, fue un factor que gravitó decididamente en lo ocurrido.

Figuras

La historia no la hacen los individuos aislados, por muy relevantes que ellos sean. Sí hay, empero, algunos individuos que desempeñan un rol significativo, sobre todo cuando su discurso, sus proyectos y su acción interpretan necesidades e intereses sociales amplios, cuando sintonizan con la escenificación del tiempo histórico nacional y con las ideas y los imaginarios políticos en boga. También cuando están dotados de coraje y de imaginación para postular lo deseable y lo posible frente a lo real. Individuos que además de *surfear* las olas de la historia, son agentes de la dirección que éstas toman⁷⁵. Desde este punto de vista los personajes políticos más relevantes del siglo XX, en el caso de Chile, son, en una perspectiva democrática, Arturo Alessandri Palma (1868-1950), Eduardo Frei Montalva (1911-1982) y Salvador Allende Gossens (1908-1973). Los tres tienen varios rasgos en común, pero también—dentro del espectro bipolar en que se desplazaron—grandes diferencias.

⁷⁴ Sofía Correa, Consuelo Figueroa, Alfredo Jocelyn-Holt, Claudio Rolle, Manuel Vicuña, *Historia del siglo XX chileno*, op. cit.

⁷⁵ Debo esta metáfora al Profesor Eduardo Déves.

Alessandri fue elegido diputado por Curicó en 1897 y al año siguiente, cuando todavía no cumplía los 30 años, Ministro de Obras Públicas, en pleno parlamentarismo. Más tarde regresó a la Cámara ejerciendo como diputado durante 18 años antes de asumir la Presidencia de la República por primera vez, en 1920. Luego, en la década del cuarenta fue Senador, y al fallecer, en 1950, era presidente del Senado. Frei fue, en 1945, Ministro de Obras Públicas del gobierno de Juan Antonio Ríos, cuando sólo tenía 34 años; en 1949 fue elegido Senador por Atacama y Coquimbo, en 1958 fue candidato a la presidencia por primera vez, y, luego, ganó las elecciones en 1964. Después de dejar la presidencia fue elegido Senador por Santiago con primera mayoría, en 1973. Allende fue elegido diputado por Valparaíso en 1937, un año más tarde, cuando sólo tenía 31 años, fue Ministro de Salud del gobierno de Pedro Aguirre Cerda. En 1945 fue elegido Senador por provincias del sur, en 1953 por Tarapacá y Antofagasta, en 1958 candidato a la presidencia de la República, en 1961 Senador por Valparaíso y Aconcagua, en 1964 nuevamente candidato a la presidencia, en 1969 Senador por Chiloé y Aysen, y, finalmente, elegido Presidente en 1970, como candidato de la Unidad Popular. Se trata por lo tanto de políticos con una larga experiencia parlamentaria o en funciones de gobierno, una trayectoria que en conjunto abarca desde fines del siglo diecinueve hasta casi fines del siglo veinte. Los tres tuvieron vínculos con el partido radical y con el centro político. Alessandri resultó elegido e hizo su primer gobierno con el apoyo—y con las ideas—de ese partido. Allende y Frei fueron ministros de gobiernos del Frente Popular liderados por el radicalismo.

La pasión por la política y el cúmulo de experiencias en un mundo que ellos querían cambiar, les dio una gran capacidad de maniobra. Alessandri fue considerado uno de los políticos más hábiles de su tiempo; Frei obtuvo rotundas victorias electorales como Senador y Presidente (la más contundente del siglo veinte), y de Salvador Allende se llegó a decir que tenía una “muñeca de oro”. Gracias a estas habilidades fueron también innovadores coexistiendo en un mundo en que primaban los modos de hacer política del pasado, capaces de ir promoviendo un orden nuevo al interior del antiguo. Alessandri en su primer gobierno abrió el

sistema político a sectores no oligárquicos de la sociedad, reafirmó el papel del Estado y del poder ejecutivo, estableciendo constitucionalmente la separación de la Iglesia, creando el Banco Central, y sentando las bases para un Estado Social. Frei impulsó decididamente la Reforma Agraria, la sindicalización campesina, la participación popular, la primera etapa en la nacionalización del cobre y también formas asociativas a nivel de la sociedad civil como el cooperativismo, las juntas de vecinos y los centros de madre⁷⁶. Su gobierno contribuyó desde el Estado a generar tejido social en las ciudades y el campo, entre campesinos y pobladores, amplió también la acción del Estado desarrollista hacia algunos sectores industriales como la petroquímica y el acero. Con el rótulo de “revolución en libertad” la propuesta de la Democracia Cristiana apuntaba a transformar la realidad, y hacía también un guiño a lo nuevo, al clima de ideas de los sesenta. Fue un proyecto que, amparado en la doctrina social de la Iglesia, pretendía corregir el sistema, en ningún caso destruir sus bases, un proyecto al estilo de los gobiernos social demócratas nórdicos o de Alemania, pero a diferencia de ellos, con un sustento católico y unas bases económicas y productivas muy diferentes.

Allende intentó abrir el camino al socialismo sin partido único y dentro de un Estado de Derecho, en que se respetaran las garantías democráticas, proyecto no sólo inédito en el país, sino en el mundo. Continuando lo iniciado por el gobierno de Frei, amplió la democracia política y social, completó la nacionalización del cobre (con apoyo unánime del parlamento) y llevó al Estado a un rol gravitante en la economía, ampliando el sector social de la misma. Todo ello en un clima de creciente confrontación política y social interna, agravado por posturas no siempre convergentes al interior de la propia Unidad Popular, en un país que—como documentó en el Senado Norteamericano la Comisión del Senador Frank Church—llegó a ser el escenario de las fuerzas más oscuras de la Guerra Fría. En definitiva una situación que fue generando un ambiente de caos y de desorden generalizado. Para algunos se trataba de un caos destructivo, antesala del comunismo y del fin de la democracia, propicio entonces para

⁷⁶ Cristián Gazmuri, Patricia Arancibia y Alvaro Góngora, *Eduardo Frei Montalva (1911-1982)*, Santiago, 1996.

la intervención de los militares; para otros, en cambio, se trataba de un caos creativo que contribuyó a activar el tejido social, convirtiendo al pueblo y sus partidos en sujetos de la historia (es la visión que se desprende, por ejemplo, del documental *La batalla de Chile*, de Patricio Guzmán); un caos propio de los momentos parteros de la historia como lo fueron el fin de la monarquía en la Francia de 1789 o el fin del régimen zarista en la Rusia de 1917. Se trata de lecturas u ópticas interpretativas diversas, que fueron tensionando hasta el extremo los polos de *reforma* y *revolución*, cortando casi el hilo que las imbricaba (decimos “casi” porque posteriormente la Concertación y el triunfo del NO, en 1989, fue recomponiendo ese hilado). Son puntos de vista e interpretaciones sobre las cuales se puede especular, pero que nunca podrán ser zanjadas plenamente, por una parte porque desconocemos lo que habría ocurrido si el camino hubiese sido A o B, y por otra, porque ignoramos el futuro, porque no sabemos que ocurrirá en la historia de larga duración, por ejemplo si el día de mañana la constelación del mercado y la globalización entran en crisis. Lo que sí sabemos con certeza es que lo que ocurrió tuvo un costo significativo en términos de derechos humanos, de Estado Social, de democracia y de tejido colectivo, un costo con respecto a lo que venía construyéndose desde la década del treinta en el marco de un imaginario bipolar y en clave de transformación social. Un pasado cuyas huellas, sin embargo, persisten en la memoria y sobre todo en la figura de Salvador Allende, icono por excelencia del imaginario de transformación social, un icono a estas alturas con dos alas, una de *reforma* y otra de *revolución*.

Tanto Alessandri, como Frei y Allende, fueron defensores de la democracia o de lo que ellos entendían por tal. Los tres contribuyeron a ampliar el círculo de inclusión social y acortaron—sobre todo Allende y Frei—la brecha entre las instituciones democráticas y la vida efectivamente democrática. No es casual entonces que hayan tenido que enfrentarse a amenazas o a golpes de Estado, por parte de unas Fuerzas Armadas de frágil convicción democrática, instituciones que se percibían a sí mismas como gendarmes de la Patria por sobre los otros poderes del Estado. Cuando el ruido de sables llevó a Alessandri a dimitir y salir del país, el Presidente tuvo un ofrecimiento de los militares para hacerse cargo de todo

el poder y llevar a cabo los cambios que se proponía sin interferencias del parlamento⁷⁷, ofrecimiento que rechazó en aras del Estado de Derecho y de la democracia. Frei, en 1973, situándose en la óptica de la *reforma*, percibió el proceso de la Unidad Popular como una destrucción del Estado de Derecho. En carta a Mariano Rumor, presidente de la Unión Mundial de la Democracia Cristiana, de noviembre de 1973, justificó la intervención militar en aras de salvar a la democracia, error de apreciación que posteriormente reconoció en los hechos al desempeñar hasta su muerte un rol en la lucha contra la dictadura. Allende, con el apoyo de un sector de la Unidad Popular, hizo esfuerzos por conducir su gobierno en un marco de libertades democráticas (“revolución a la chilena”). En su último discurso y en su propia muerte confluyeron los valores de la democracia y el socialismo (“pagaré con mi vida”—dijo—“los principios que son caros a esta patria”) aunando simbólicamente, por el modo en que eligió morir—en el Palacio de Gobierno y con un arma que apuntaba a sí mismo—los polos de la *reforma* y de la *revolución*⁷⁸.

Son figuras que así como tuvieron aspectos en común, tuvieron también grandes diferencias. En el plano biográfico, mientras Alessandri y Allende fueron librepensadores, declarado el primero y militante el segundo (ingresó a la masonería en 1929), Frei, en cambio, fue un católico ferviente; Alessandri y Frei abogados y Allende, en cambio, médico; Alessandri y Allende estudiaron en la Universidad de Chile mientras Frei lo hizo en la Universidad Católica; la poetisa predilecta de Frei fue Gabriela Mistral, de Allende, en cambio, Pablo Neruda, son antecedentes, preferencias y convicciones que incidieron tanto en sus vidas privadas como en sus estilos y filiaciones intelectuales. Pero más allá de estas características personales, el factor fundamental que los distancia y que permite hablar de fisuras históricas, fue el lugar que ocupó cada uno de ellos en el imaginario bipolar de transformación. Arturo Alessandri fue, tal como lo demostramos, una figura que contribuyó a instalar el nuevo imaginario político en el espacio público, asumiendo—sobre todo en su

⁷⁷ Armando Donoso, *Conversaciones con don Arturo Alessandri Palma*, Santiago, 1934.

⁷⁸ “Últimas palabras” en *Salvador Allende. Obras escogidas*, compilador Gonzalo Martner Santiago 1992.

primer gobierno—con declarada parcialidad el polo de la *reforma* (su gran tesis política fue, recordemos, llevar a cabo una *reforma* para evitar la *revolución*). Más tarde, en su segundo gobierno y ante la crisis y movilizaciones de la década del treinta, retrocedió en sus ideas. Así lo evidencian el affaire Ross-Calder, su quiebre con el Partido Radical y la relegación en 1935 de Allende al puerto de Caldera, cuando éste era secretario regional del Partido Socialista en Valparaíso, también el lenguaje arcaico de político liberal decimonónico que emplea Alessandri en 1934, en las conversaciones que sostuvo con Armando Donoso⁷⁹.

Allende desde muy temprano se instaló discursivamente en el polo de la *revolución* pero con una óptica que afirmaba la independencia del partido socialista con respecto a los planteamientos de la Tercera Internacional. En una intervención parlamentaria de 1939, Allende dijo:

El Partido Socialista, leal a la dialéctica marxista, se ha constituido como partido de clase, resuelto a empujar la lucha hasta la conquista del poder por los trabajadores, manuales e intelectuales, y la implementación de un régimen socialista. Condena los errores de los Partidos de filiación internacional: la beligerancia suicida de las fracciones obreras, el agresivo desprecio por las clases medias o pequeños burgueses y la práctica de teorías universales, que no contemplan la realidad indoamericana⁸⁰.

Se trata de un ideario que se proyecta por más de tres décadas, que está presente en 1970, en la Unidad Popular, e incluso en sus “Últimas palabras”. Durante casi cuarenta años Allende se mantuvo en el polo de la *revolución*, pero siempre participando al mismo tiempo del Parlamento y de un ámbito que el marxismo ortodoxo consideraba como “Estado burgués”, como un espacio espurio que camuflaba el dominio y el conflicto de clases. Aun cuando el Partido Socialista en el Congreso de Chillán de 1967 fustigó las ilusiones electoralistas de ese espacio y coqueteó con la estrategia de la lucha armada, no fue Allende el que lideró esa postura. Más que de clase contra clase su postura fue siempre una de alianzas (Frente Popular, FRAP y Unidad Popular), que se situaba en el polo de la *revolución* (pero a la Chilena). De allí la imbricación en el pensamiento de

⁷⁹ Armando Donoso, *Conversaciones con Don Arturo Alessandri*, Santiago, 1934.

⁸⁰ “Intervención parlamentaria. Cámara de Diputados. Sesión 8ava. Miércoles 7 junio 1939”, en *Salvador Allende. 1908-1973. Obras Escogidas*, op. cit.

Allende, a veces de modo tácito y a veces de modo explícito con el polo de la *reforma*, concebida como una táctica para abrir el camino del socialismo en el país.

Frei se sitúa, en cambio, desde la creación del Partido Demócrata Cristiano en 1957, y aún desde antes, desde la época de la Falange, en el polo de la *reforma*. Entre 1964 y 1970 las pulsiones antisistema del programa de “*revolución en libertad*”, de acuerdo con sectores críticos de su propio partido, se fueron quedando a medio camino. Los llamados sectores “rebeldes” terminan por retirarse del Partido y constituir otros referentes (MAPU e Izquierda Cristiana), desde donde plantean que el gobierno no llevó a cabo la “*revolución en libertad*”, programa que para ellos y para un sector importante de la juventud demócrata cristiana equivalía a una vía no capitalista de desarrollo y a la construcción de una sociedad comunitaria⁸¹. Vale decir, dentro de las propias filas de la Democracia Cristiana, se fue produciendo una escisión, que hizo patente las pulsiones bipolares de transformación social en una época en que el plano internacional la balanza—con el ejemplo de Cuba y del Che Guevara—se inclinaba hacia el polo de la *revolución*. Frei, en la década de los sesenta, planteaba una integración latinoamericana de cuño desarrollista y Cepaliana, con el trasfondo del panamericanismo⁸². Allende, en cambio, estaba permeado con la idea de que en América Latina se vivía una situación inminente de definición histórica, en términos de independencia y soberanía, con un trasfondo antiimperialista. Frei fue una figura internacional en el ámbito de los intereses norteamericanos y de la Alianza para el Progreso, representó la opción reformista de América Latina frente a Fidel Castro que encarnaba (para los latinoamericanos) la opción revolucionaria y (para el gobierno de Estados Unidos) la opción prosoviética. Este rol llevó a que Frei desempeñara un papel significativo como líder natural del Partido Demócrata Cristiano, respecto a los sectores medios y al derrocamiento de la Unidad Popular. En la medida que el polo

⁸¹ Luis Moulian y Gloria Guerra Eduardo Frei M (1911-1982), *Biografía de un estadista utópico*, Santiago, 2000. Entre estos “rebeldes” se destacan Jacques Chonchol, Julio Silva Solar, Rafael Agustín Gumucio, y Alberto Jerez, alguno de los cuales tendrán un rol destacado en el gobierno de Salvador Allende.

⁸² Eduardo Frei Montalva, *América Latina tiene un destino*, Santiago, 1967.

de la *revolución* se fortalecía (o podía fortalecerse) la postura *reformista* también se fue radicalizando y aliando con sectores de derecha, hasta (casi) cortar el hilo del imaginario bipolar de transformación social, dialéctica que se dio no sólo en Chile sino también en otros países de América Latina. Por cierto, Alessandri como figura política no alcanzó a participar de estos dilemas, pues fue, tal como lo hemos señalado, una figura en la instalación de un imaginario bipolar en un tiempo histórico de transformación social del cual él no participo plenamente.

Algunas consideraciones finales

El imaginario político bipolar es un régimen de representaciones que no reproduce lo real pero incide en la construcción de sentidos e induce a pautas de acción que operan en todos los órdenes de la realidad, tanto en sujetos individuales como colectivos. Se trata de un régimen de representaciones que incide también en la *focalización retrospectiva de la memoria histórica y en las narrativas de futuro de la nación*. Un imaginario, por ende, implica no solamente ideas sino también, y de modo fundamental, construcción de sentido, representaciones y un horizonte utópico, se aproxima entonces al concepto de visión de mundo, de allí que incida en toda suerte de comportamientos, desde los individuales hasta los políticos e intelectuales. En efecto, el imaginario político bipolar, no sólo incidió en destacadas figuras y en los partidos políticos, sino también en movimientos sociales e instituciones, por ejemplo, en los militares (recuérdese la República Socialista de Marmaduque Grove, en 1932), en el movimiento poblacional, en el movimiento femenino o en la Iglesia (recuérdese los Cristianos por el Socialismo, que en la década de los sesenta se autopercebían como agentes de cambio y de *revolución*). El imaginario operó asimismo en el campo intelectual y artístico; corrientes como el desarrollismo, la sociología de la dependencia, el cooperativismo, la promoción y educación popular, la teología de la liberación, fueron energizadas por uno u otro polo. También fenómenos o movimientos artísticos como la generación literaria del 38, el muralismo, la nueva canción chilena, el cine revolucionario y la idea del “artista comprometido” en la década de los sesenta. En el plano latinoamericano las polémicas en la

literatura del *boom*, entre Julio Cortázar, Gabriel García Márquez, por un lado, y Octavio Paz y Mario Vargas Llosa, por otro, estuvieron también signadas por la ubicación de los interlocutores en uno u otro polo de este imaginario.

El imaginario político bipolar opera, entonces, en los comportamientos político-partidarios, pero también, como ya señalamos, en el plano de las identidades personales. El sujeto se constituye a sí mismo a partir de las relaciones que establece con otros y con los contenidos que circulan y la época en que le correspondió vivir. En la medida que los imaginarios vigentes en una sociedad inciden tanto en las identidades personales como colectivas, son parte de la historia social y cultural del período. Cabe señalar que la hegemonía del imaginario que hemos recorrido y la escenificación de un tiempo histórico nacional en clave de transformación, va a generar también, como ya señalamos, entre 1930 y 1973, un pensamiento contrahegemónico con muchas caras⁸³, facetas que luego del golpe militar se conjugan e inciden en una desarticulación del Estado social y desarrollista vigente hasta 1973. A partir del Golpe de Estado la Dictadura ejerce un control del espacio público y reprime los idearios de transformación social, tanto los situados en el polo de la *revolución*, como los ubicados en el polo de la *reforma*. Posteriormente, a partir de 1989, con la recuperación de la democracia, reaparecen y se hacen nuevamente visibles las huellas del pasado, pero sólo como huellas y memoria histórica, como pulsiones y no ya como energía social hegemónica.

Observado desde la distancia el imaginario político bipolar y su operatividad ofrecen aspectos que pueden destacarse y otros susceptibles de crítica. Entre los primeros la invitación a soñar, el fomento de la conciencia utópica, el latinoamericanismo; sentimientos como el de solidaridad o el de justicia social hacia los más pobres o figuras icónicas de trascendencia y alta apelación identitaria, sobre todo para los jóvenes, como la figura del Che Guevara, figura que incluso asume y se pliega al imaginario cristológico. Pero también aspectos susceptibles de crítica como la absolutización de la política, que dio curso a visiones estereotipadas y

⁸³ Gonzalo Catalán op. cit. y Carlos Ruiz op. cit.

excesivamente confrontacionales de la sociedad, cierta desconfianza de la participación ciudadana cuando no pasa por estructuras partidarias, o la totalización de aspectos étnicos, culturales o de género desde el vector de lo político, totalización que llevó a equívocos, como por ejemplo, considerar—respecto a los mapuches y a la reforma agraria—la reivindicación de la tierra como expresión de conciencia de clase, en circunstancias que lo era de una conciencia étnica. O como lo que señala Julieta Kirwood respecto a la ceguera de los partidos políticos de izquierda durante la década de los sesenta en relación a la variable de género⁸⁴.

Cabe señalar que en las últimas dos décadas hay autores (Tomas Moulian, Eugenio Tironi, Joaquín Lavín, Sofía Correa et alia, entre otros) que extienden conceptualmente uno de los polos del imaginario que hemos descrito, el de la *revolución*, hasta la dictadura de Pinochet. Lavín habla de la “revolución silenciosa”, Moulian y Tironi de “refundación o revolución capitalista”, y Sofía Correa et alia perciben una continuidad en las últimas cuatro décadas, entre las “planificaciones globalizantes de la revolución en libertad de la Democracia Cristiana, la revolución a la chilena de la Unidad Popular y la revolución neoliberal de Augusto Pinochet”. De esta última, dicen: “lejos de erigirse en una contrarrevolución extirpando el espíritu revolucionario con que Chile estaba impregnado hace ya un tiempo, participa y se aprovecha de la misma lógica revolucionaria de la época, aunque con un signo distinto”.⁸⁵ Hablan de una paradoja. Se trata de un uso categorial difuso, que induce a confusión, en la medida que no se hace cargo de la historicidad de las ideas y de los climas intelectuales. El campo léxico y semántico del término *revolución* obedece en estos casos, a otro ámbito, a la escenificación del tiempo nacional en clave de globalización, al ámbito de la tecnología, de la sociedad de la información, a la nueva fase del capitalismo globalizado en que estamos insertos; se distancia, por ende, de la semántica del imaginario que hemos descrito. Se trata de una transformación (aunque estamos demasiado inmersos en ella como para asegurarlo) pero de una transformación de otra índole, que no puede

⁸⁴ Julieta Kirwood, *Ser política en Chile. Las feministas y los partidos*, Santiago, 1990.

⁸⁵ Sofía Correa, Consuelo Figueroa, Alfredo Jocelyn-Holt, Claudio Rolle, Manuel Vicuña, *Historia del siglo XX chileno*, op. cit.

inscribirse en el carril de la modernidad ilustrada y de la tradición que se inició con la revolución francesa.

Nuestro interés por la instalación de un imaginario político bipolar, nos llevo a analizar con cierto detalle el ascenso y primer gobierno de Arturo Alessandri Palma, entre 1915 y 1925. Durante ese período la escenificación hegemónica del tiempo nacional se inscribe—tal como lo demostramos en el cuarto tomo de nuestra *Historia de las ideas y la cultura en Chile*—en una perspectiva de *integración*. Lo que resulta evidente, por lo demás en el modo como el discurso de Alessandri se parcializa en pro del polo reformista, perfilando al opuesto como una disyuntiva a desechar. Se trata, hasta 1930, de una etapa de encabalgamiento, en la que subyace la hegemonía de un escenario de *integración*, pero que tal como hemos intentado demostrar, cambia a partir de la década del treinta en una perspectiva que va a gravitar de manera decidida en la historia política, intelectual y cultural del país.

Digamos finalmente que nuestro interés por la instalación y vigencia de este imaginario político y por el rol que este proceso desempeña con respecto a la escenificación del tiempo histórico nacional en clave de transformación, reside en la relevancia que este proceso tiene con respecto a las ideas y la cultura chilena del siglo XX, país en que, como hemos sostenido en diversas oportunidades, las energías culturales han sido con frecuencia dinamizadas por energías políticas. País, en definitiva, en que la escenificación del tiempo histórico en perspectiva de transformación de la sociedad, con los vaivenes y tensión entre los dos polos ha tenido un rol significativo tanto en la organización de la cultura como en las expresiones artísticas y culturales del siglo veinte.